

FILIPINAS.

ATAQUES DE LOS HOLANDESES

EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII.

BOSQUEJO HISTÓRICO

POR

D. FERNANDO BLUMENTRITT,

TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR

D. ENRIQUE RUPPERT.

MADRID:

IMPRESA DE FORTANET,

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1882.

**ATAQUES DE LOS HOLANDESES
EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII.**

FILIPINAS

ATAQUES DE LOS HOLANDESES

EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII.

BOSQUEJO HISTÓRICO

POR

D. FERNANDO BLUMENTRITT

TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR

D. ENRIQUE RUPPERT.

MADRID:

IMPRESA DE FORTANET,

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1882.

EXCMO. SEÑOR DON CLAUDIO MONTERO Y GAY:

Heroico vencedor de los piratas joloanos é intrépido descubridor de las lagunas de Mindanao: tiene la alta honra de dedicar á V. E. este pequeño trabajo, como testimonio de la más alta consideración y respeto, su más atento servidor

q. b. s. m.

Fernando Blumentritt.

Leitmeritz 15 de Julio de 1880.

I.

Cuando á los holandeses no les fué ya posible acudir al mercado de Lisboa para comprar á los portugueses las mercancías del Oriente, determinaron, como todos saben, ir ellos mismos á la India y traerse de allí los géneros que les eran necesarios. Pero esto no era cosa fácil, porque el largo camino que hay que recorrer para llegar á las Molucas debían hacerle sin poder echar anclas en ningun puerto amigo, puesto que todas las costas por donde tenían que pasar para llegar á aquel punto, obedecían á Felipe, rey de España y de Portugal. A esto se unía que los holandeses desconocían por completo el derrotero que los portugueses solían tomar, inconveniente que no podía remediarse con los defectuosos mapas que tenían á su disposición, ni con las reseñas publicadas por viajeros tales como Drake ó Cavendish.

Un holandés llamado Houtmann, encarcelado en Lisboa, supo adquirir mañosamente durante el tiempo de su prisión, tantas noticias sobre el camino de las *Islas de las especias*, que de regreso á su patria pudo convencer á sus compatriotas de que un viaje á la India Oriental no ofrecía dificultades insuperables. El resultado de estas agradables noticias de Houtmann fué que el almirante Jacobo Cornelio Neck se hizo á la vela con una flotilla de 8 navíos, ondeando así por primera vez el año 1598 la bandera holandesa en las aguas de la India Oriental. Lo mismo los españoles que los portugueses experimentaron gran zozobra, espe-

cialmente estos últimos, que á causa de la grande opresion que sobre sus súbditos ejercian debieron temer mucho una alianza entre estos y los holandeses. Además, parecía que los *piratas* como denominaron á los soldados de Neck, llevaban tan sólo la mira puesta en las posesiones portuguesas, pues el territorio español no se vió molestado por ellos (1).

Aunque como dejamos dicho, sólo las posesiones portuguesas se vieron honradas con la visita de los holandeses, el gobernador español de las Filipinas, D. Francisco Tello de Guzmán, tomó sin embargo sus medidas para no dejarse sorprender por el temible enemigo. Como sólo dispusiera de escasas fuerzas, abandonó algunos puntos apartados para reconcentrarse con sus tropas en Manila.

Esta precaución no estaba demás, porque el 16 de Setiembre de 1600 el holandés Olivier de Noort estaba con dos navíos á la vista de las islas de los Ladrones (que no estaban colonizadas aún) y poco tiempo después de esto llegó á las Filipinas. Lá primera señal de su llegada, dióla Noort á los españoles, apresándoles un barco cargado de municiones. Los holandeses observaron que los indígenas mantenían relaciones amistosas con los españoles, y no lograron sublevar á los caudillos contra sus actuales señores, como lo habían alcanzado en las Molucas portuguesas. Habiendo desembarcado en la isla de Capul dos marineros holandeses, fueron sorprendidos por los indígenas y reducidos á prisión. En represalias Noort mandó reducir á cenizas algunas poblaciones importantes de aquella isla. Después cruzó entre las Visayas y Luzón, apresando en esta ocasión numerosas embarcaciones malayas y chinas. El corto número de españoles que encontró aquí, infundió alientos al intrépido holandés de tal manera que osó acercarse también á la bahía de Manila, con el

(1) Muchos profesan la opinión errónea, que después de la unión de España y Portugal, las colonias de esta última nación estaban bajo administración española, mientras es cosa probada que las dos naciones gobernaban independientes sus respectivas posesiones, lo mismo que lo efectuaron antes de 1580. Especialmente en la India Oriental, los portugueses no permitieron que los españoles se mezclasen en sus negocios, y hasta cuando los holandeses aparecieron en aquellas aguas, por los antagonismos nacionales, pocas veces consintieron en una alianza con las tropas españolas, puesto que los soldados de las dos naciones sólo querian sujetarse al mando de uno de sus compatriotas.

propósito de esperar á la *Nao* que todos los años hacía la travesía de Manila á Acapulco para convertir en plata mejicana los tesoros de la China y del Japón. Noort cruzó por frente de la isla del Corregidor, que era la llave de la bahía; pero en vez de la *Nao* esperada, se presentaron dos navíos de guerra españoles. Tan pronto como se recibieron en Manila noticias de la llegada de los holandeses, se hicieron todos los esfuerzos posibles para mandar contra ellos lo ántes posible dos navíos de guerra. La diligencia con que se verificó el equipo hizo posible la rápida salida de los dos galeones. Mandaba esta expedición el Dr. Morga, célebre historiador de las Filipinas; y 300 españoles, la flor y el orgullo del Archipiélago, se embarcaron bajo sus órdenes para acabar con los herejes y rebeldes. El 14 de Diciembre de 1600 se divisaron las armadas enemigas, y entablóse la batalla.

Los españoles eran en doble número que los holandeses, pero no sabían maniobrar en el agua; la almiranta era un navío de mala y frágil construcción y la artillería que montaba, de mayor calibre que el que su fábrica podía admitir. Morga atacó en seguida á la capitana enemiga; Noort causó en la apretada multitud de los españoles con sus bien dirigidos disparos sensibles pérdidas, hasta que la almiranta de Morga se puso al lado del holandés, y los españoles, confiados en su mayor número, comenzaron el abordaje. Ya los holandeses empezaban á retroceder, cuando Noort supo inflamarlos y excitarlos á la resistencia, amenazándoles con pegar fuego al pañol de la pólvora; así que rechazados otra vez los españoles, pudieron cortar los holandeses las amarras y librarse del navío enemigo. Mientras en la capitana de Noort se declaraba un incendio, hundióse de repente la almiranta española, que se había abierto á causa del gran cargamento. El incendio del propio navío les dió tanto que hacer á los holandeses, que no pudieron prestar ayuda á los españoles, que luchando con las ondas imploraban su auxilio. Alcega, el comandante del segundo navío, había tomado entre tanto la *Brigg* de Noort y se apresuraba á poner en salvo cuanto le era posible. Noort logró escaparse con su mal parada almiranta á Borneo, mientras Morga regresaba á Manila.

Los españoles habían ganado una victoria, es verdad, ; pero á costa de cuántos sacrificios! 109 españoles y 150 indios y negros

se habían ahogado ó habían muerto en el combate; también se hundieron para siempre con la embarcación muchas piezas de grueso calibre y cuantiosa munición. No obstante, la batalla se celebró como una gloriosa victoria; los españoles se creyeron indemnizados de sus pérdidas con la toma del segundo navío holandés, de cuya tripulación habían caído vivos en sus manos 25 hombres, entre ellos el capitán Biesmann.

Como presa de especial valor ostentó el Dr. Morga la bandera de la almiranta de Noort, de la que se habían apoderado los españoles durante el abordaje. Los prisioneros holandeses fueron ahorcados en Manila como ladrones y piratas. Así, aunque á duras penas, los españoles habían sabido rechazar la primera invasión holandesa.

II.

Suerte más próspera que en las Filipinas cupo á los neerlandeses en las Molucas portuguesas. Estas islas estaban gobernadas por diferentes sultanes bajo la soberanía portuguesa y los estados más importantes eran Ternate y Tidore. El sultán de Ternate se unió á los holandeses, esperando escapar así á las molestias que le ocasionaba la política comercial portuguesa. Lo mismo hicieron también otros príncipes malayos; solamente el sultán de Tidore siguió siendo fiel á su metrópoli. No debe achacarse la razón de este hecho á simpatías y lealtad para con la corona portuguesa, sino al odio implacable que entre las dinastías de Ternate y Tidore existía; imposible era que Tidore entrara en una alianza amistosa con los holandeses habiéndosele adelantado Ternate. El sultán de Ternate se aprovechó en seguida de su alianza con los holandeses, para atacar á su rival, el sultán de Tidore. El virey de Goa no disponía de fuerzas suficientes con que proteger á la vez las islas de la Sonda y las Molucas, y así los gobernadores portugueses de los diferentes fuertes de las Islas de las especias se dirigieron á Manila pidiendo auxilio; el sultán de Tidore llegó hasta enviar á su hermano, el Cachil (príncipe) Cota, al capitán general español Tello; este les facilitó por lo pronto municiones y algunas tropas, y prometió enviar á las Molucas una expedición considerable en la primavera de 1602.

Entre tanto los portugueses habían reunido una respetable armada en Goa, al mando del almirante Andrés Hurtado de Mendoza, armada que fué destinada á operar contra los holandeses en el archipiélago de la India Oriental. Mendoza obró con mucho acierto, pero se sintió demasiado débil para recuperar á Ter-

nate, porque los holandeses habían construido un fuerte en esta isla. De este modo fracasó el fin principal de la expedición, que no era otro que sujetar de nuevo á las Molucas sin la ayuda de los españoles, pues los portugueses temían, y no sin razón, que éstos, una vez alcanzada la victoria, unieran las Islas de las especias á su corona. No debe echarse nunca en olvido que los españoles se obstinaban en sostener que las Molucas pertenecían á la parte del mundo que correspondía á los españoles, según el célebre dictámen del Papa; y aunque Carlos V había vendido á Portugal sus derechos sobre las Molucas, no dejaron de encontrar eco algunas voces que sostenían la anexión á España de aquel rico archipiélago, puesto que el momento en que se verificó la unión de las dos coronas ibéricas era muy propicio para ello. Sin embargo, Mendoza se vió obligado á implorar la ayuda de los españoles, ó á dejar á los holandeses extender sus dominios aún más de lo que ya lo habían hecho.

Entre tanto había llegado á Manila el nuevo gobernador don Pedro Acuña, el cual había recibido de su Gobierno la orden terminante de echar á los holandeses de las Molucas; pero como las relaciones con el Japón volvieron á ser entonces muy tirantes, el general renunció con pesar á atacar en persona y en unión con Mendoza á Ternate. No obstante, Acuña envió á los portugueses un considerable refuerzo bajo las ordenes de D. Juan Fernandez Gallinato, varón esforzado que acababa de luchar con suerte en Suluh y se había distinguido por sus gloriosos hechos durante la última década del siglo xvi, en Camboge y Siam. Gallinato llegó á principios de Marzo con su escuadra á las Molucas y se unió al almirante Mendoza. Los dos caudillos sitiaron sin perder tiempo la residencia del sultán de Ternate, y cuando ya parecía seguro que un feliz resultado coronaría sus esfuerzos, el admirante portugués, desoyendo las advertencias de los oficiales españoles y aun las de sus mismos compatriotas, suspendió las operaciones y levantó el sitio. Difícil es de comprender el porqué de esta determinación; lo más probable es que no quisiera ceder á los españoles la gloria de aquel hecho de armas que con seguridad les hubiera correspondido. Gallinato regresó á Manila con gran enojo acusando de traidores á los portugueses.

Después de la retirada de los españoles, los holandeses llegaron

á enseñorearse de todo el archipiélago, siendo muy contados los fuertes portugueses que pudieron resistir, y hasta el sultán de Tidore hizo con los holandeses tratados amistosos. El almirante Mendoza se dirigió de nuevo á Manila pidiendo auxilio y quejándose de no recibir refuerzos de Goa. Mientras tanto se hacían en Manila diligentes preparativos para enviar cuanto antes otra grande expedición contra Ternate, á cuyo frente quiso ponerse esta vez Acuña en persona.—Es el caso que habían llegado de España importantes refuerzos y el jesuita Gomez era portador de cartas del rey, en las cuales se ordenaba al gobernador que recuperase las Molucas, sirviéndose tan solo para este efecto de tropas españolas para evitar los inconvenientes que habían suscitado hasta entonces las envidias nacionales entre españoles y portugueses.—El significado de semejante orden era evidente; no se querían recuperar las Molucas para los portugueses sino solamente para los españoles. Sin embargo, Acuña no pudo hacerse á la vela tan pronto como deseaba, porque una terrible sulevación de los chinos le impidió llevar á cabo su propósito.

Mientras Acuña sujetaba á los chinos en Manila y proseguía sus preparativos, perdieron los portugueses los principales fuertes que tenían en aquella parte del archipiélago de la India Oriental. El comandante de Amboina se rindió el 23 de Febrero de 1603, sin haber disparado un solo tiro, bajo la única condición de que las iglesias católicas serían respetadas. Sin embargo, los vencedores no observaron el convenio, pues apenas se había verificado la entrega, cuando destruyeron las imágenes y expulsaron á los sacerdotes; la noticia de estos sucesos fué comunicada por navíos ingleses á los portugueses de Tidore, pues los ingleses aprovecharon gustosos esta ocasión de poder dañar en secreto á los holandeses, y así cedieron al comandante del fuerte portugués D. Pedro Alvarez Abreó, todas las municiones que á ellos les sobraban.—Poco después apareció á la vista de Tidore el almirante holandés Stefan-van-der-Hagen, pero aquí no le esperaba un éxito tan lisonjero como en Amboina. Abreó se defendió bizarramente contra el numeroso enemigo (también el sultán de Ternate se presentó con una flotilla) hasta que el incendio del fuerte le obligó á una rendición honrosa. A todos los españoles y portugueses, se les concedió el permiso de marcharse

á Filipinas, siendo Zebú é Iloilo elegidos muy especialmente por refugio de estos emigrantes, entre los cuales Pablo de Lima. como esposo de una princesa moluca era el más principal.

Estos fugitivos llevaron á Manila la noticia de que los holandeses intentaban atacar á las Filipinas, por lo cual Acuña hizo todos los preparativos necesarios, y por medio de fuertes guarniciones, puso las fortificaciones al abrigo de un ataque repentino. Los numerosos refuerzos llegados de España y Méjico le habían puesto hacia ya tiempo en estado de poder tomar la ofensiva. Las Filipinas estaban llenas de soldados, de modo que el emperador del Japón, asustado por tan formidable fuerza guerrera, envió á Acuña la expresión de la amistad más sincera. Después de haber pacificado á los chinos, el caudillo español podía salir tranquilamente de Manila.

La expedición de Acuña presentó el ejército más brillante que los españoles habían mandado hasta entonces en Asia; ofrecía un total de 3.300 hombres, entre ellos 14 compañías de infantería de línea; disponía igualmente de un parque de artillería de grueso calibre; á este ejército se reunieron también los emigrados portugueses. En Enero de 1606 zarpó la armada de Acuña del puerto de Oton de Panay, dirigiéndose primero á Mindanao, donde se le fué á pique su almiranta. Eran los primeros dias de Marzo, cuando los españoles llegaron á las Molucas, de las cuales Tidore se rindió en seguida. El sultán tuvo á bien representar otra vez el papel de humilde súbdito de la corona española, ó mejor dicho, saludó con gusto la ocasión de hacer sucumbir á su rival, el estado de Ternate, favoreciendo á los españoles, abrigando la plena convicción que en su territorio, por temor á los holandeses, los árboles españoles no crecerían hasta el cielo.

Los españoles desembarcaron en Ternate y levantaron algunas trincheras para bombardear desde ellas la residencia del sultán. De un choque que tuvo lugar entre las avanzadas resultó un combate serio, que terminó con la completa derrota de los habitantes de Ternate y de las tropas holandesas que les habían prestado auxilio. Los españoles asaltaron las murallas de la ciudad que se hallaban defendidas por 43 piezas de artillería de grueso calibre, apoderándose también de la ciudadela, en la cual se encontraba la residencia del sultán. Después de una atroz matanza,

los españoles quedaron dueños de toda la fortificación; durante todo el asalto habíase distinguido por su grande arrojo el monje agustino Fr. Antonio Flores. El sultán logró refugiarse durante el combate en Gilolo, mientras su palacio era entregado al saqueo. La mayor parte de los soldados que componían la guarnición holandesa, se abrieron paso á través de los españoles, y se refugiaron en la playa, recibiendo allí á su bordo una flotilla neerlandesa. Sólo unos pocos de sus aliados europeos acompañaron al sultán fugitivo, cuya persecución encomendó Acuña al capitán Villagra, soldado que se hizo célebre en la historia de las Filipinas; en compañía de Villagra iba el sultán de Tidore.

Como hasta príncipes de sangre real se separaron de los holandeses, ganados por los hábiles manejos de los españoles, también el sultán de Ternate, aturdido por el repentino cambio de la suerte, se rindió al capitán Villagra, después que Acuña le hubo dado por escrito la seguridad de respetar su vida. En la noche del 9 de Abril de 1606, llegó el príncipe cautivo delante de su anterior residencia, de donde á la mañana siguiente, salió á recibirle Acuña con grande pompa y muestras de profundo respeto.

En el mismo día, el desgraciado soberano firmó un convenio, por el cual cedía á la corona de España todo su reino, incluso aquellos territorios que se encontraban aún en poder de sus tropas. Si Acuña, después de la toma de la ciudad, enarboló en sus muros la bandera española, indicando así que Ternate no había sido recuperado para Portugal, esta medida fué ahora sancionada por el mencionado convenio. Los españoles partieron sin duda de la suposición, que por la conquista de Ternate por los holandeses, los portugueses habían perdido todos los derechos de propiedad que les concediera el contrato de venta de 1529. Acuña separó también de Portugal las otras islas pertenecientes á las Molucas, subordinándolas á D. Juan de Esquivel, gobernador español de Ternate, al cual se concedió el título de «gobernador del *Maluco*.» Los portugueses allí establecidos, y los criollos recibieron con agrado esta anexión, no obstante toda su antipatía nacional; porque comprendían muy bien que desde Goa era imposible sostener dominación alguna sobre las Molucas. Anteriormente el célebre capitán Gonzalo Pereira había interpuesto toda su influencia, para que el gobierno de las Filipi-

nas y Molucas se concentrase en una sola mano, pero no alcanzó ver realizados sus deseos.

Para granjearse y asegurarse la buena voluntad de los príncipes aliados, además de darles parte en la distribución de los despojos, se devolvieron al sultán de Tidore y á los *reyes* de Bachiam y de Siao todos aquellos territorios, que en el trascurso del tiempo los sultanes de Ternate les habían arrebatado á ellos ó á sus antecesores.

El resto del país debía quedar, *nominalmente á lo ménos*, en poder del sultán Zaide; pero como Acuña decidió internar en Manila al sultán con toda su familia, fueron nombrados por él como regentes del país, los dos príncipes Sagui y Quipat, porque estos dos primos del príncipe destronado, le parecieron ser muy leales. Estos dos príncipes, lo mismo que los demás soberanos, prestaron al capitán general Acuña el juramento de homenaje á la corona de España: después de ésto, el victorioso general se volvió con su armada y sus distinguidos prisioneros á Manila, donde hizo una entrada triunfal, muriendo algunas semanas después, de muerte repentina y quizá no natural (3 de Julio de 1606).

III.

La victoria de los españoles dejó honda impresión en el ánimo de los príncipes molucos, porque Ternate, aunque fortificada por ingenieros holandeses y defendida por una guarnición holandesa, había sido tomada por ellos en un instante, mientras los portugueses habían sido generalmente vencidos por los «herejes», de manera que á los ojos de aquellos malayos los *geux* habían pasado hasta entonces por invencibles.— Pero la pronta llegada de fuertes flotas holandesas y sus victoriosos progresos borraron pronto todo recuerdo de la gloriosa victoria de Ternate. Ante todo, perjudicaba á los españoles la falta absoluta de navíos de guerra, construidos según el modelo europeo, así que en vista de las antipatías de los indígenas ni podían prestar auxilio á los fuertes amenazados que estaban diseminados por el Archipiélago, ni se encontraban en disposición de poder tomar la ofensiva. También se separaron de España los dos regentes de Ternate, de manera que los españoles sólo podían enseñorearse de aquellos puntos que estaban al alcance de sus cañones.— Como no es mi intento estudiar más á fondo los sucesos de las Molucas, basta con advertir que en los años de 1607 y 1608 los holandeses se apoderaron de casi todas estas islas, no quedando á los españoles más posesiones que el fuerte de Nuestra Señora del Rosario, construido sobre los escombros de la residencia del sultán Zaide, el fuerte Telingama en Ternate, Banda y algunos puntos en Batschian y Maquien. Los holandeses construyeron también un fuerte en Ternate, Orange, que debía servirles de punto de apoyo en todas sus maniobras contra los españoles y que llegó á ser con el tiempo un arsenal importantísimo.

Desde 1600 las Filipinas no habían sufrido ningún ataque de los holandeses, y desde el gobierno vigoroso de Acuña los españoles habían llegado hasta tomar la ofensiva. Pero la insuficiencia del nuevo gobernador de las Filipinas, Tellez de Almanza, había ocasionado la pérdida de Amboina y Tidore, dejando á la guarnición de las Molucas sin el apoyo necesario. Corría ya el año 1609 cuando se verificó un cambio completo con la venida del general D. Juan Silva, que en los días de Pascua de Resurrección se encargó del mando de la India española. Silva era un señor muy enérgico y en seguida emprendió la obra de poner en estado de defensa todas las plazas descuidadas completamente por sus antecesores, y entre ellas especialmente el importantísimo arsenal de Cavite. Cuatro de las cinco compañías de infantería que habían venido con él de Méjico, fueron destinadas á reforzar las guarniciones débiles y la restante fué enviada á las Molucas. El comandante de esta compañía, reforzada también con mercenarios, era D. Fernando de Ayala. Este no podía imaginarse que antes de su llegada á las Molucas tendría un encuentro con los holandeses.

Era el caso que había venido de Amsterdam una grande armada con el fin de ahuyentar completamente de las Molucas á los españoles. En Febrero de 1609 llegó esta armada á Bantam en Java, desde donde continuó su viaje á las islas de las Especies. Banda, que se había separado de nuevo de los holandeses, no pudo resistir el ataque, después de haber sido asesinado alevosamente el almirante holandés Verhoeven. Del mando se encargó el vicealmirante Francisco Wittert, el cual había celebrado por aquellos días un convenio con el sultán de Macasar de Célebes. Lo más natural hubiera sido que tratase de atacar al momento y con todas las fuerzas de que disponía los diferentes fuertes españoles, empresa no muy difícil, puesto que las guarniciones españolas eran muy escasas y la lealtad de sus súbditos muy dudosa. La compañía comercial, que había enviado dicha armada, partía de la suposición, que más ventajoso sería dedicarse á la piratería en las aguas filipinas que poner sitio á las Molucas, porque las guerras anteriores en aquellas islas habían costado mucho dinero y los accionistas deseaban grandes *dividendos*.

Wittert se dirigió por lo tanto á las Filipinas con cinco gran-

des navíos, bien armados con piezas de grueso calibre, y atacó primeramente el puerto Iloilo de Panay, cuya guarnición era muy escasa y no podía impedir el desembarque de sus tropas. Pero por fortuna llegó en aquel mismo tiempo á Hoilo el antes mencionado Ayala con su refuerzo, de paso para las Molucas. Este causó á los holandeses tal derrota, que á toda prisa tuvieron que refugiarse en sus navíos y hacerse á la vela. Wittert, no atreviéndose á dirigir un segundo ataque contra el mismo punto, se encaminó directamente á la bahía de Manila. El descalabro de Iloilo le había hecho más precavido, por lo cual no hizo alguna tentativa para desembarcar sus tropas y, en vista de las formidables fortificaciones dispuestas por Silva, renunció igualmente al proyectado ataque de Cavite. El almirante holandés se contentó con ejercer la supremacía en el mar, lo que no le podían disputar los españoles, puesto que no disponían de ningún navío construido en Europa y que las embarcaciones de los indígenas no podían resistir los grandes proyectiles de las piezas de grueso calibre de la artillería holandesa.

A la entrada de la hermosa bahía de Manila se encuentra la isla del Corregidor, junto á la cual tienen forzosamente que pasar todas las embarcaciones que entran en la bahía. Allí se estableció Wittert, dando caza á cuantos navíos mercantes se presentaron en aquellas aguas y cuyo número no debió ser pequeño, puesto que el comercio de Manila era muy activo. Entonces fué cuando cayeron en manos de los holandeses embarcaciones de la China y del Japón, de Indostán y Macao antes de tener siquiera indicio del peligro que corrían.

Wittert, estimulado por tan rica presa, prolongó allí su estancia, mirando con desdén á los españoles, que, al parecer, presenciaban todo esto inactivos; pero este desprecio tenía que costarle muy caro, porque Silva, encanecido en las campañas de Flandes, no había pasado el tiempo con las manos cruzadas, puesto que no podía sentirse con ganas de contemplar desde la playa cómo los holandeses destruían impunes lo que era fuente de vida para la colonia: el comercio marítimo. En los astilleros de Cavite se trabajaba de día y de noche, para construir navíos de guerra que pudieran medirse con los de la armada holandesa. Claro es que para esto se necesitaba tiempo, pero la avaricia cegó al almi-

rante holandés de tal modo que se quedó durante casi seis meses en la bahía, dando así lugar á los españoles á poder construir una flotilla nueva de ocho navíos. El hierro que se necesitaba para estas construcciones fué facilitado por los habitantes de Manila, que dejaron sin hierro sus ventanas, y las piezas de artillería se fabricaron con las campanas de las iglesias. Esta flotilla se vió reforzada con la llegada de una embarcación construida en Marinduque que había sabido burlar el bloqueo enemigo.

Casi todos los varones de raza blanca que residían en Manila se embarcaron en la nueva armada, entre ellos el ya anciano héroe Gallinato. El resto de la población española de Manila que por causa de vejez ó de enfermedad no parecia apta para tomar parte en esta lucha decisiva, guarnecía las trincheras de Manila y Cavite, porque Silva estaba decidido á jugarse el todo por el todo. Además se embarcaron tropas indias; así que la flotilla española superaba á la holandesa no solamente en el número de los navíos sino también en el de la tripulación. No obstante, los holandeses eran los más fuertes, porque sus grandes embarcaciones eran de construcción superior, los cañones muchos y bien servidos, y lo que importaba aun más, los soldados de Wittert se encontraban sobre el agua como en su propia casa y sus oficiales eran hombres experimentados y hábiles, mientras que el enemigo no podia oponerle otros marineros que los de color; que los oficiales no tenían idea del servicio y que el grueso de las fuerzas lo formaba una multitud de diferentes procedencias, en su mayoría de voluntarios indisciplinados.

El 21 de Abril de 1610 Silva salió con su escuadra de Cavite y poco despues, el día 24, encontró á Wittert cerca de Playahonda. La flotilla española se colocó en dos filas; formaban la primera dos galeones grandes, dos galeras y dos goletas y la segunda las embarcaciones menores, que debian servir de reserva. Wittert podia haberse retirado, pero confiado en la sólida construcción de sus espaciosos navíos y en el grueso calibre de sus cañones, marchó al encuentro de los españoles, y la batalla se entabló á las siete de la mañana. Mientras en los navios holandeses todos los cañones estaban bajo cubierta, en los españoles que eran mucho más bajos, se encontraban sobre cubierta, así como los

soldados destinados al abordaje, porque los lugares cubiertos eran demasiado estrechos. De esta manera, los holandeses podían causar á sus enemigos grandes destrozos, sufriendo ellos en proporción pérdidas muy insignificantes. Entre tanto la lucha era cada vez más acalorada y las distancias que mediaban entre los navíos enemigos disminuían; al empuje impetuoso de los españoles viéronse obligados á retroceder los holandeses, lo que inflamó el valor de los de Silva. Una bala de cañón le llevó al almirante holandés la cabeza y poco después los españoles abordaron su navío, si bien es verdad que tuvieron que abandonarlo precipitadamente los vencedores porque se le prendió fuego y voló. También el segundo de los navíos holandeses fué tomado después de una lucha encarnizada; otro tercero fué destruido por las llamas. El resto de la flotilla de Wittert (dos navíos) abandonó el sitio de la lucha y buscó su salvación en una fuga precipitada. A las 11 de la mañana ya estaba decidida la batalla. Silva envió en seguida una de sus embarcaciones á Manila, para que lleváse á las autoridades de la ciudad la fausta noticia de su gloriosa victoria. Esta buena nueva recibida en Manila á las dos de la mañana, llenó toda la población de júbilo, porque los holandeses gozaban de tal reputación que no obstante el mayor número de combatientes españoles, en Manila se dudaba del éxito. Casi todas las presas hechas antes por los holandeses cayeron en manos de los españoles; embarcaciones chinas componían la mayor parte. Muy grandes fueron los despojos, porque además de 50 piezas de artillería de grueso calibre con las municiones correspondientes, apresó Silva mercancías cuyo valor representaba unos 300.000 pesos; contándolo todo, ganaron los españoles en esta victoria 500.000 pesos. En uno de los navíos que perdieron los holandeses se encontraba entre otros el obispo de Macao. Los monjes españoles trataron de convertir á los holandeses prisioneros, y obtuvieron algún éxito porque todos los que se convertían al catolicismo recobraban la libertad.

IV.

El armisticio que en Europa se celebró entre España y los Países Bajos, en el año 1609, no fué observado en manera alguna en Asia. La razón de esto fueron las pretensiones que cada una de las dos naciones trató de hacer valer sobre algunas partes de las Molucas. Los españoles trataron como rebeldes á todos los príncipes de las Molucas que habían celebrado alguna alianza con los holandeses, y esto con razón, porque todos estos soberanos malayos habían prestado á la corona española el juramento de vasallos; atacaron pues á estos rebeldes mientras los holandeses les suministraban lo necesario á la resistencia, conforme á los convenios celebrados. Así se explica que en las Molucas y Filipinas los españoles y holandeses continuaran la lucha, mientras entre sus metrópolis mediaban relaciones pacíficas.

El gobernador Silva se decidió á acometer primeramente á las Molucas holandesas, porque su situación actual le prometía, á su modo de ver, grandes probabilidades de buen éxito. Era el caso que los españoles habían logrado hacer prisionero al gobernador holandés de las Molucas, almirante Caerden, entre cuyos papeles se encontró una relación sucinta del estado de las plazas de armas, pertenecientes á los holandeses. En esta relación Caerden pintaba el estado de los holandeses con colores tan sombríos, que los españoles se alentaron de nuevo y tomaron por cosa baladí el recuperar las posiciones perdidas. La victoria de Playahonda vino á aumentar su confianza, por más que el éxito se debía más bien á su superioridad numérica y personal arrojo

excitado por el sentimiento nacional, que á su aptitud militar. Silva se hizo á la vela con una armada numerosa; 2 000 soldados españoles y marineros reforzados aún por muchos guerreros indígenas formaban en aquel tiempo un ejército bastante imponente.

En el año 1611 presentóse Silva en las aguas de las Molucas, pero vió con sorpresa, que los holandeses no eran débiles como la relación de Caerden los había pintado. El almirante holandés había exagerado sin duda el mal estado de sus fortificaciones, con el objeto de excitar la metrópoli á hacer nuevos armamentos y especialmente á los accionistas mezquinos de la compañía, parecido en esto á los ministros de la Guerra modernos que en los parlamentos pintan siempre las cosas con colores muy sombríos para hacer pasar su presupuesto sin que les escatimen nada. Silva había esperado poder obligar con un solo golpe á su enemigo á que abandonara las Molucas, pero pronto advirtió la equivocación en que estaba, observando que los holandeses le eran superiores en navíos y en piezas de artillería y que las fortificaciones eran de tal fuerza que un ataque á los fuertes mayores no le parecía conveniente. En vista de estas circunstancias se contentó con recuperar á Gilolo, la que no obstante su mayor extensión era entonces como lo es aún hoy día, muy inferior en valor á las pequeñas islas que se encuentran próximas á su costa occidental. El éxito de la expedición no guardó proporción con el trabajo y los gastos enormes que había ocasionado, así que Silva volvió cabizbajo á Manila.

Pero los holandeses tomaron de nuevo la ofensiva, porque tenían la intención de apoderarse de las Visayas, principalmente de la isla Panay, porque era el lugar donde las guarniciones españolas de las Molucas se proveían de víveres y municiones; los neerlandeses comprendían que si ganaban aquellas islas, Ternate y Gilolo perderían todos los subsidios, y que estos puntos, defendidos por los españoles con tanta obstinación, caerían en sus manos sin grandes sacrificios. Parecíales la conquista de Panay y de las demás Visayas cosa fácil, pues según las relaciones de desertores españoles, las guarniciones habían sido reducidas considerablemente por la expedición de Silva y aun no habían llegado otra vez á contar las fuerzas de que antes se componían. Fiados en estas noticias, los holandeses que entre tanto habían elegido á Bantam

por su principal arsenal, armaron una flotilla de 7 navíos grandes y 3 pequeños para ir á las Filipinas. Primeramente se presentaron en el puerto Otón de Panay. El comandante de aquel lugar comprendió la imposibilidad en que se encontraba de oponer una resistencia ventajosa á tan poderoso enemigo, por lo cual evacuó la ciudad y se retiró con toda la población al interior de la isla, llevándose á la vez de sus bienes cuanto le fué posible.

Los holandeses ocuparon el lugar desalojado, pero renunciando luego á la idea de fijar su residencia en él, se retiraron otra vez al lugar de su partida, después de haber destruido completamente á Otón. Este fué el único hecho que pudo señalar la armada como resultado de su expedición. Los holandeses se habían convencido de que los españoles no eran tan débiles como se los habían pintado aquellos desertores, y así esta expedición podía compararse á la de Silva, con la única excepción, que ésta produjo algunos resultados, mientras los holandeses habían sufrido un miserable fiasco. La pronta desaparición de los holandeses hizo además posible que los españoles, sin la menor molestia, pudiesen equipar dos escuadras con el objeto de reforzar la guarnición de Ternate, como también la de las demás islas que componen las Molucas.

Aunque Silva en su expedición anterior á las Molucas había obtenido muy escasos resultados, no podía desistir del deseo de emprender otra nueva, para ahuyentar á los holandeses de aquel Archipiélago. Para conseguir este fin, trató de asegurarse la cooperación de los portugueses, por lo cual, escribió al virey de Goa exponiéndole que sólo á los esfuerzos comunes de las dos naciones, unidas bajo el mismo cetro, sería dado arrojar de la India al enemigo común. El español propuso por lo tanto al portugués, que aprontara una armada, que unida á la española de Filipinas, pudiera librar una batalla decisiva. El virey aceptó las proposiciones del capitán general español, y envió á Malaca el 2 de Mayo de 1615, una escuadra de cuatro grandes navíos, armados con 90 cañones y tripulados por 400 soldados de línea. Como los oficiales de la marina portuguesa se distinguían por su ignorancia en conocimientos náuticos, la flota no invirtió ménos de 102 días para llegar á Sumatra. Al llegar á la isla de Sighapore, negáronse los marineros á proseguir el viaje, así que la armada tuvo

que volverse á Malaca, donde pereció en luchas desastrosas con los holandeses. Tengo por seguro que esta sublevación de los marineros fué fingida, y que la ruin envidia de los portugueses no les permitió ayudar á los españoles en sus apuros. La escuadra se armó para poder justificarse ante la corte de Madrid, pero al mismo tiempo se dieron en secreto órdenes al comandante de no unirse á los españoles; quizá los portugueses recordaron en esta ocasión la conducta de Acuña, que hizo de las Molucas portuguesas una posesión española, y no se sintieron dispuestos á prestar su cooperación á transacciones parecidas, prefiriendo ceder sus posesiones á los holandeses que verlas llegar á manos de los españoles.

Silva recibió por un jesuita la noticia de que la flota portuguesa habia salido de Goa; y con su admirable talento organizador y energía incansable, logró disponer pronto 16 navíos grandes y muchas embarcaciones pequeñas. La almiranta, según se dice, era de unas 2000 toneladas y siete de las demás embarcaciones, con las cuales se hizo á la vela en Cavite el 4 de Febrero de 1616, de 600 á 1600 toneladas cada una. Esta escuadra, en que se contaban 42 embarcaciones, estaba armada con 300 cañones de bronce y tripulada por 2000 españoles y 3000 indios y japoneses, formando estos últimos un regimiento aparte. Parte de estas tropas habían venido de España doblando el Cabo de Buena Esperanza, camino hasta entonces desusado, pues desde la ocupación de las Filipinas (1565), todos los envíos de España se habían hecho por Méjico y el Océano Pacífico. Como Silva no tuviera el menor indicio de la aproximación de la armada portuguesa, temió que pudiera haber sido molestada en su marcha por los holandeses, de los cuales sabía que tenían una escuadra en aquellas aguas. Por lo tanto, Silva se dirigió con su imponente armada á Malaca para socorrer á los portugueses traidores, en vez de echarse sobre las Molucas donde le hubiera aguardado una victoria segura. Poco tiempo después de su llegada á Malaca, se apoderó de él una fiebre que le llevó al sepulcro, después de una corta enfermedad, el 19 de Abril de 1616 y después de haber nombrado comandante de su armada á D. Alonso Enriquez. Este volvió á Manila convencido de que no se podía contar con la cooperación de los portugueses. La magnífica escuadra llegó á Manila

en un estado deplorable (el 1.º de Junio de 1616), pues no solamente se habia declarado una epidemia en la tripulación. sino que tambien se habian destrozado varias embarcaciones en aquellas aguas sembradas de arrecifes. Sin embargo, su aparición fué saludada con júbilo, porque después de la partida de Juan Silva, las Filipinas habían sido visitadas por una expedición holandesa.

V.

En el año 1614 el almirante holandés Jorge Spielberg atravesó el estrecho de Magallanes y entró en el Océano Pacífico saqueando á su paso las costas de Chile y del Perú, y destruyendo una escuadra española. Spielberg cruzó el Océano en sus latitudes septentrionales, y salvando el estrecho de Bernardino se presentó en las Filipinas por el mismo tiempo en que Silva había abandonado este Archipiélago, para unirse cerca de Malaca con los portugueses y conquistar á Bantam y las Molucas. La armada holandesa compuesta de seis navíos se adelantó hasta la isla del Corregidor cerrando así la entrada de la bahía de Manila. La capital de las Filipinas se vió en el mayor aprieto con la aparición de los holandeses; por las calles y plazas iban y venían las masas inquietas de blancos é indígenas; ricos y pobres, monjes y comerciantes pronunciaban aterrorizados el nombre de los holandeses, y todos los rostros no reflejaban más que consternación y desaliento. La causa de este miedo general era que la ciudad se había quedado completamente indefensa.

Verdad es que Silva había tenido noticia de la llegada de Spielberg á la América del Sur, pero como se habían pasado ya desde entonces dos años sin que se supiera nada de él, supuso que la armada de Spielberg habría sido destruida en la costa del Perú. En esta suposición equivocada, Silva dejó todas las fortalezas de las Filipinas desprovistas de tropas y material de guerra, de manera que Manila y Cavite no podían disponer ni de cañones, ni de armas, ni de municiones, ni de soldados cuando el holandés hizo su aparición.

Felizmente el sustituto de Silva, el licenciado D. Andrés Alcá-

zar, no perdió la cabeza en la confusión general é hizo los preparativos necesarios para recibir debidamente á los holandeses. Los oidores de la Audiencia Real se dedicaron á los negocios que les habían sido confiados por Alcázar con grande abnegación; uno se encargó de la vigilancia de los trabajos de fortificación, otro de la inspección de los astilleros, etc., etc. Los navíos que Silva había dejado en Cavite por no estar en condiciones de acompañarle en su expedición, se repararon para que pudieran prestar servicios de guerra. Lo que más les preocupaba, era la fundición de cañones y en esto se hicieron esfuerzos sobrehumanos. Como el metal existente en los almacenes reales era muy escaso, se fundieron de nuevo las escorias y restos sobrantes que resultaron de otras fundiciones, y de este modo lograron hacerse de unas 3000 arrobas de metal. Puesto que los perezosos indígenas no servían para este trabajo penoso, Alcázar, el valiente jurisconsulto, se sirvió para ello de chinos que ganaron tres reales por cada tres arrobas de metal. Sólo á sus trabajos puntuales y constantes se debió que en un tiempo fabulosamente corto se acabaran todas las piezas de artillería que se necesitaban para armar las murallas de Manila y de Cavite. Los ciudadanos y monjes de estos dos puntos amenazados, se ejercitaban sin descanso en el manejo de las armas: la falta de oficiales se pudo remediar por la circunstancia, de que entre los monjes se encontraron muchos individuos que anteriormente habían sido militares, y ya dijimos al ocuparnos de la conquista de Ternate, que uno de los oficiales era monje. El mando de la artillería de Cavite lo obtuvo un jesuita que ántes de entrar en la Orden, había pertenecido á este cuerpo. Estos grandes armamentos no tuvieron ocasión de acreditarse, porque después de una estancia ociosa de quince días en la bahía, los holandeses enviaron al gobierno del Archipiélago una carta en que exigían la entrega de un general holandés (Caerden?), que había sido hecho prisionero por los españoles. Como este prisionero de alto rango había muerto ya, esperaban los españoles un pronto ataque, pero á su grande sorpresa, la armada de Spielberg abandonó la bahía de Manila, tan inesperadamente, como había aparecido en aquellas aguas. Esta acción llamó tanto más la atención, cuanto que estaba cerca el tiempo en que solían llegar varias embarcaciones de la China, llevando riqui-

simo cargamento. La causa de la marcha de Spielberg era la noticia, comunicada por prisioneros, que el gobernador Silva se había hecho á la vela con una armada importantísima, pocos días antes de la llegada del holandés Spielberg. Este pensó en seguida en que iba á ocurrir una repetición de la expedición de Acuña á las Molucas, por lo cual abandonó las Filipinas lo más pronto posible para socorrer las islas de las Especies, grandemente amenazadas á lo que pensaba.

El 29 de Marzo de 1616 llegó Spielberg á Orange, fuerte holandés en las Molucas, sin haber visto en todo el trayecto rastro alguno de navío español; tampoco en Orange se tenía noticia de la existencia de una armada española por lo cual opinó que debía haber tomado un rumbo desconocido. Spielberg esperó tranquilamente la llegada de Silva, el cual no le inspiraba miedo, á pesar de su tripulación de 5.000 hombres, porque las posesiones de los holandeses en las Molucas se encontraban en un brillante estado. Lorenzo van Real, su gobernador neerlandés, había tenido noticias de los grandiosos armamentos, hechos por Silva, y como los portugueses con sus inactivas negociaciones de alianza retardaron la salida de la armada por espacio de dos años lo menos, le había sobrado tiempo para proveer suficientemente todos los fuertes de municiones y víveres; también dió aviso de estos preparativos bélicos á la compañía de la India Oriental, por lo cual ésta se había visto obligada á enviarle fuertes destacamentos de tropa y muchas embarcaciones. Los españoles, por el contrario, se encontraban en las Molucas en el estado más deplorable que puede imaginarse, recibiendo desde Manila en contestación á todos sus ruegos dirigidos á Filipinas, la respuesta que la armada misma se presentaría en breve en las Molucas. Van Real aprovechó su preponderancia y fuerza para arrebatarse á los españoles, que se hallaban diseminados en muchas pequeñas guarniciones, diferentes de sus pequeños fuertes y castillos.

Tal era el estado de cosas cuando llegó Spielberg á aquellas aguas. En Orange se reunieron poco á poco 17 embarcaciones de guerra holandesas, todas perfectamente armadas y tripuladas por distinguidos marinos. En balde se esperó la llegada de Silva; una sola embarcación vino de Filipinas á Ternate, llevando á este punto al sobrino del gobernador, D. Jerónimo de

Silva. Trascurrió aun bastante tiempo antes que se tuviera noticia de que Silva se había dirigido á Malaca y había muerto allí. En consecuencia de esta noticia, tomaron los holandeses en seguida la ofensiva, concibiendo la idea atrevida y audaz de establecer también colonias en las Filipinas. Primeramente una escuadra de cuatro embarcaciones, tripuladas principalmente por marineros ingleses, se apoderó del Archipiélago de Sangir; verdad es, que allí no existían tropas españolas. Después de esto, se presentó en las aguas de Filipinas una fuerte escuadra neerlandesa compuesta de 10 navíos de grandes dimensiones, entre ellos la almiranta de Spielberg *El Sol de Holanda*, que llevaba 47 piezas de grueso calibre y 16 pedazos de piedra. La intención de esta armada era en primer punto apoderarse de Iloilo de Panay. Allí tenía su residencia el comandante militar de las Visayas, el esforzado vasco D. Diego de Quiñones. Este había sido avisado por una carta de D. Jerónimo de Silva, de que probablemente Iloilo sería el primer punto atacado por la flota holandesa que se dirigía á Filipinas. Disponía Quiñones solamente de 70 soldados y con la cooperación de los indígenas no se podía contar, porque los holandeses les inspiraban tal temor, que abandonaron todas las poblaciones de la costa y se refugiaron en las montañas del interior tan pronto como apareció una escuadra enemiga; y después de haberse alejado ésta, no fué pequeño el trabajo que costó hacer volver á estos espantados ribereños á las poblaciones abandonadas; hasta la influencia de los sacerdotes y monjes, poderosísima en otras ocasiones, fué ahora ineficaz. Quiñones trató de dar á la playa mayor fuerza por medio de nuevas fortificaciones, porque estaba decidido á defenderse á todo trance y hasta el último extremo con sus 70 hombres y los siete cañones de que disponía.

El 29 de Setiembre de 1616 aparecieron los holandeses delante de Iloilo y empezaron á bombardear con sus grandes cañones el débil fuerté; verdad es que los españoles contestaron á sus fuegos, pero sus cañoncillos no podían alcanzar ni dañar á los monstruos flotantes. Las balas enemigas destruyeron gran parte de las fortificaciones españolas, hasta tal punto que los holandeses estaban dispuestos á tomarlas por asalto al día siguiente. Pero cuando para este fin desembarcaron el 30 de Setiembre 500

hombres, encontraron las brechas cerradas y todos los daños reparados; el incansable Quiñones había dirigido personalmente estos trabajos durante la noche. Esto no obstante los holandeses empezaron el asalto de la plaza; pero su arrojo fué vano, porque los españoles lucharon detrás de sus murallas con aquella heroica desesperación, que dos siglos más tarde inmortalizó el nombre de Zaragoza. Quiñones, herido de un balazo, dirigió la defensa sentado en una butaca, animando con su palabra al pequeño pelotón de sus soldados. Con una pérdida de 87 muertos y 100 heridos volvieron los holandeses á sus navíos y desistieron del sitio. También los españoles habían sufrido considerables pérdidas, pero la alegría de la victoria alcanzada les hizo olvidar todos los sacrificios y todas las penalidades sufridas. Al día siguiente llegó de Manila un considerable refuerzo con ocho piezas de artillería de grueso calibre á Iloilo, pues Quiñones había pedido auxilio á Manila, después de haber sido prevenido por Jerónimo Silva.

La escuadra rechazada ante Iloilo no se dejó intimidar por la primera contrariedad, sino que se dirigió otra vez á la bahía de Manila, el Perú de los corsarios holandeses. Esta vez los holandeses no quisieron fiarlo todo á su propia fuerza; parece que entablaron negociaciones con los estados mahometanos de Mindanao, siendo resultado de estas negociaciones una alianza entre los cristianos neerlandeses y aquellos piratas dedicados á la caza de esclavos. Mientras dos flotas de los piratas eran dispersadas en las aguas de las Visayas por navíos de guerra que había enviado á su encuentro el héroe de Iloilo, Quiñones, algunos de sus barcos lograron llegar desde Mindanao hasta la bahía de Manila. A toda prisa se hicieron á la vela en Cavite dos grandes galeras, las cuales obtuvieron una completa victoria sobre los malayos é impidieron así la deseada reunión con los holandeses. Los españoles trabajaban entre tanto sin descanso para oponer á los holandeses una armada que reuniese fuerzas iguales á las de sus enemigos. Por fin lograron disponer de una armada de 10 navíos, que bajo las órdenes de D. Juan Ronquillo salieron el 7 de Abril de 1617 de Cavite, para ir en busca de los holandeses. Estos, no contentos con apresar á los navíos mercantes que venían de China, habían intentado además sublevar á los indios contra los espa-

ñoses, prometiéndoles en este caso grandes beneficios; pero antes que la semilla sembrada llegara á brotar, se encontraron las armadas enemigas otra vez en Playahonda. Durante día y medio contempláronse inactivas las dos escuadras enemigas, sin mostrar ninguna de ellas ganas de romper el fuego, hasta que en la mañana del 14 de Abril de 1617, se trabó la batalla que concluyó con una victoria de los españoles. El grande *Sol de Holanda* fué destrozado por la artillería y otros dos navíos holandeses fueron echados á pique; los otros huyeron perseguidos por los españoles; pero éstos desistieron pronto de la persecución, porque los navíos holandeses eran mejores veleros que los suyos. Esta segunda victoria de Playahonda fué mucho más honrosa que la primera, pues el buen resultado se debió entonces únicamente á la fuerza abrumadora del mayor número; mientras en este combate las fuerzas eran casi iguales y los navíos holandeses estaban mejor dispuestos para las maniobras que los españoles.

Poco después los holandeses, que cruzaron con algunos navíos por las aguas de Filipinas, lograron otra vez una pequeña ventaja. Cerca de la costa de Iloco algunas embarcaciones holandesas atacaron al navío de guerra español *San Marcos*. El comandante del *San Marcos* ó era un cobarde ó perdió completamente la cabeza, pues ni buscó su salvación en la huída ni se atrevió á aceptar el combate. Dejó encallar su magnífico navío para saltar después con sus gentes á tierra; los holandeses ocuparon en seguida la embarcación abandonada.

Algún tiempo después de la victoria de Playahonda, D. Jerónimo de Silva volvió desde las Molucas á Manila, para encargarse del gobierno de la colonia. Su intención era echarse con todas sus fuerzas sobre los holandeses para librar de este modo á las Filipinas de su terrible enemigo. Puesto que los navíos españoles habían salido muy deteriorados de la batalla de Playahonda, Silva determinó enviarlos á la isla de Marinduque donde había un astillero con buenas maderas de construcción. La estación (Octubre), aunque peligrosa para la navegación por las frecuentes tormentas, no le hizo vacilar en su propósito y así envió 7 galeotes á aquel punto. De estas embarcaciones ninguna volvió; las que no se hundieron en las terribles olas, levantadas por una tormenta repentina, se estrellaron en los peñascos de aquella

mar peligrosa; no poco había contribuido también á este desastre. lo escaso de la tripulación y el malísimo estado de aquellas embarcaciones. Esta pérdida era tanto más sensible cuanto que el afflictivo estado de la caja del gobierno no permitía reparar este desastre de la armada.

Las luchas empeñadas por causa de las Molucas habían confirmado plenamente que ninguno de los poderes beligerantes disponía de tropas suficientes para dar un golpe decisivo. Para asegurar á su corona la posesión de las preciosas *Islas de las Especias*, Felipe III mandó equipar una poderosa armada, la que llevando á bordo también un fuerte ejército de tierra debía dirigirse por el estrecho de Magallanes á las Filipinas para atacar desde allí á los holandeses. Característica de las intenciones que entonces abrigaba la corte, fué la determinación de que se tomase el camino del Océano Pacífico, porque con esto se expresaba claramente que la armada lucharía en primer término en favor de los intereses puramente españoles, pues en el caso de tomar el camino más cómodo, doblando el cabo de Buena Esperanza, se habrían visto en el compromiso de luchar antes de llegar á las Molucas en favor de los portugueses establecidos en las islas de la Sonda. En medio de estos preparativos, llegó á Madrid la noticia de la muerte de D. Juan de Silva, y á la vez la de la suerte que había cabido á su grande expedición naval. En vista de estas circunstancias, determinó el Gobierno español enviar á Manila desde luego, y sin esperar la marcha de la armada, al general Fajardo. D. Alonso Fajardo, auditor del Consejo de Guerra de Flandes, había sido nombrado en un principio almirante de aquella poderosa escuadra; ahora se le envió solo, para salvar lo que aún se pudiera prometiéndole que la armada le seguiría tan pronto como hubiera terminado su equipo.

Fajardo desembarcó en Cavite el 2 de Julio de 1618 y empuñó con energía las riendas del gobierno. Peligroso para la seguridad de la colonia era el descontento de los indios, porque si estos declinaban la obediencia, entonces ya no se podía pensar siquiera en conservar las Filipinas. No era tampoco de extrañar que los indígenas murmurasen; porque los continuos armamentos y construcciones de navíos les habían acarreado durísimos gravámenes. Fajardo, que además llevaba órdenes de la corte de ali-

gerar las cargas de los indios hasta donde fuera posible, fijó su primer cuidado en dispensarlos de los más duros trabajos debidos al feudalismo. Otros decretos impidieron que se sobrecargara á los indios en los trabajos que prestaban en los astilleros. Debido á estas disposiciones, los indios estimaban y amaban á Fajardo como á un padre, y de estas simpatías se aprovechó el gobernador siempre que pudo.

A fines del año 1618 aparecieron en la bahía de Manila seis navíos holandeses que dé seguro intentaron entenderse con los indígenas. Pero antes que Fajardo pudiera atacar la armada enemiga, ésta se había alejado, porque su comandante había comprendido que en vista de la lealtad de los indígenas y de la fuerza de los españoles, no se podía intentar nada contra estos. Desde entonces la bahía de Manila se vió libre por algún tiempo de los ataques holandeses. Influyeron en esto las encontradas aspiraciones de la compañía mercante inglesa y de la holandesa, pues la una trataba de sobrepujar á la otra, y como en el Archipiélago oriental los holandeses eran los más poderosos, era natural que la compañía británica, movida por una *noble envidia de competencia*, procurase dañarles en cuanto le era posible. Los ingleses no han sido nunca escrupulosos cuando se ha tratado de escoger los medios más conducentes á sus fines, y así incitaron á los príncipes de Java á una guerra contra la compañía holandesa que tomó desde luego grandes proporciones. Pronto se declaró una lucha encarnizada entre las tropas y embarcaciones de las dos compañías, aunque las metrópolis gozasen entre tanto de completa paz. Comprendiendo al fin lo mismo Holanda que Inglaterra que esta guerra de las dos compañías debía disminuir el bienestar nacional de los dos Estados interesados, ajustóse entre las dos partes beligerantes una paz, cuyas condiciones se firmaron en Inglaterra en el año 1619 y en Jacatra (Java) en el año 1620. Ambas naciones procuraron allanar todas las diferencias y hasta hicieron una alianza ofensiva y defensiva para atacar á España y Portugal. Según las condiciones pactadas, debía formarse en Batavia un Consejo de defensa, compuesto de delegados de las dos compañías, que tendría la dirección superior de todas las operaciones de la guerra. Además habían convenido en mantener por partes iguales 20 navíos de guerra, cuyo número se podría

aumentar según las circunstancias, y de los cuales cada uno debía ser de 600 á 800 toneladas con una tripulación de 150 hombres y 30 piezas de artillería á lo menos; el número de las pequeñas embarcaciones de remo se señalaría, según la necesidad de determinados casos, por dicho Consejo de defensa.

Todas las conquistas que desde ahora en adelante se llevaran á cabo, debían ser propiedad común de ambas compañías, ó, si el Consejo lo juzgaba conveniente, recibir á lo menos una guarnición compuesta de soldados de las dos compañías aliadas.

Pero la sanción de este convenio no cambió en nada las disensiones que existían anteriormente entre las dos compañías, pues las dos trabajaron en secreto una contra otra y auxiliaron á los enemigos de su rival hasta con armas y municiones. Este estado de cosas venía muy bien á los españoles, que comprometidos en la guerra de los treinta años, no podían enviar casi ningún subsidio á su colonia más distante. Si por estos altercados los holandeses no hubieran sido entorpecidos en todas sus empresas, quizá hoy día las Filipinas serían una colonia holandesa lo mismo que las islas de la Sonda y las Molucas.

A pesar de esta competencia con los ingleses y de los combates sostenidos en Java, los holandeses no dejaron de inquietar á los españoles. Para el envío de una escuadra numerosa faltaban los medios; los navíos de guerra disponibles eran reclamados por otras empresas y así el Gobierno de Batavia debía contentarse con el envío de algunos cruceros á las aguas filipinas, cuyo destino era acechar á las *Naos* que todos los años venían de Acapulco á Manila y que, además de los 500.000 pesos enviados por cuenta del rey, llevaban un buen cargamento de plata acuñada y en barras.

La *Nao*, generalmente un navío, pocas veces dos, acostumbraba á cruzar el canal de Bernardino para entrar en el archipiélago de las Filipinas; por eso, en el verano de 1620, la aguardaban en aquel sitio cerca del cabo del Espíritu Santo (isla Samar) tres navíos holandeses. Estaban éstos confiados en coger buena presa, pues las *Naos* de Acapulco solían estar tripuladas por marineros de poco valor y á menudo su comandante no pertenecía á la marina de guerra, sino que era algún comerciante ó un oficial del ejército de tierra. En 25 de Julio doblaron aquel sitio

las tan esperadas *Naos*; pero eran esta vez, contra la general costumbre, tres, y éstas hicieron directamente rumbo hacia los holandeses. El general español D. Fernando de Ayala estaba creído que tenía delante de sí navíos de guerra que le enviaba para cualquier ataque imprevisto el gobernador de Manila, probable es también que los holandeses tuvieran enarbolada la bandera española, y así lograron acercarse ya tanto á la escuadra enemiga que se oían desde ésta las voces de los soldados enemigos sin haber conocido su error. Sucedió esto á la puesta del sol; sin embargo, se trabó en seguida la batalla, de la cual salió tan mal parada la capitana holandesa, que las embarcaciones españolas, favorecidas además por la oscuridad, lograron escaparse, aunque poco después una de ellas se estrelló en la costa de Albay. Después de ésto, como Ayala recelase que podía tener otro encuentro con los holandeses, desembarcó toda la plata en Borongan, desde donde fué trasportada por tierra á Manila.

Con esta *Nao* llegaba siempre la paga de los soldados, el sueldo de los empleados y oficiales como también las provisiones de boca y guerra, pues exceptuando el tributo por sí escaso que pagaban los indios y que se cedía como recompensa á los oficiales y soldados que más se distinguían, las Filipinas no rendían ninguna renta al Estado. De la llegada puntual de la *Nao* dependía pues todo; si hubiese faltado una sola vez hubiera sido inevitable una quiebra general. Aunque el Estado hubiese acudido á un empréstito forzoso sobre los bienes de la Iglesia, no se hubiera visto nunca en la posibilidad de cumplir sus obligaciones. De lo dicho resulta claramente lo peligroso que era para la colonia española la táctica de los holandeses, más temible seguramente que el bloqueo de Manila, porque si hubieran logrado apoderarse de estas *Naos* durante unos cuantos años, las Filipinas hubieran caído, como fruto maduro, en sus manos. Muy probable es que los holandeses no comprendieran toda la trascendencia de su maniobra que tanto podía comprometer la colonia española y que sólo su ambición de los tesoros metálicos les había llevado á la idea de apoderarse de aquellas embarcaciones. Desde aquel encuentro empero Fajardo dió orden que la *Nao*, que debía hacer la travesía entre Acapulco y Manila, cambiase su itinerario en cada nuevo viaje, para burlar mejor las asechanzas de los ene-

gos. Hasta entonces estas embarcaciones tenían señalado su derrotero y puntos de escala de legua en legua y claro es que esto facilitaba mucho á los holandeses el realizar un día sus deseos. La acertada disposición de Fajardo llenó completamente su fin, porque muchos años pasaron sin que los holandeses hubieran logrado una sola vez apresar la *Nao*.

VI.

En las Molucas las cosas habían cambiado por completo, favoreciendo la suerte de una manera decisiva á los españoles. Bastante tenían que hacer los holandeses con los ingleses y japoneses; así que desistieron de tomar la ofensiva contra los españoles en dicho archipiélago. Estos por su parte aprovecharon tan bien la ocasión, que recuperaron la mayor parte de los territorios perdidos; solamente los fuertes mayores, ocupados por guarniciones europeas, quedaron en manos de los holandeses. Hasta el aliado más fiel de la república neerlandesa, el sultán regente de Ternate, deseoso de aumentar su prosperidad, hizo las paces con los españoles, aunque los tratados celebrados con Holanda no admitían que una sola de las partes contratantes asentase tales convenios. El príncipe se había visto obligado á dar este paso por la dureza de sus aliados: los mismos holandeses que al principio ilusionaron á los crédulos malayos prometiéndoles librarles del yugo español, habían llegado á ser los tiranos más atroces; verdad es que los sectarios de Mahoma no eran molestados por las tentativas que antes hicieran los españoles para convertirlos á su fe, pero en cambio no podían vender sus clavos aromáticos que representaban toda su riqueza, á nadie más que á la compañía holandesa. La brutalidad con que se sostenía este pesado monopolio, impulsó á dar el mismo paso también á otros príncipes, los cuales ajustaron igualmente la paz con el gobernador español de las Molucas. Aunque esta violación de los convenios estipulados debiera haber provocado la venganza de los holandeses, aparentaron estos ignorarlo todo, por lo cual siguieron manteniendo relaciones amistosas con el sultán re-

gente de Ternate y sus partidarios; tenían sin duda alguna que obrando de otro modo, estos príncipes se separarían completamente de Holanda y se unirían á los españoles. La paz y el convenio de defensa del año 1619 no produjo para los españoles ningún cambio; pues las operaciones de los holandeses é ingleses fueron entorpecidas y hasta frustradas por la mutua desconfianza. Si en esta ocasión los españoles hubieran tenido á su disposición un número suficiente de tropas y navíos y además los fondos necesarios, de seguro que se habrían realizado en este tiempo los sueños de D. Juan de Silva; pero era tal su estado que se veían obligados á recuperar de vez en cuando un pedazo de terreno más bien por astucia y artificios diplomáticos que por la fuerza y pericia militar. A causa de la horrenda matanza de los ingleses de Amboina, llevada á cabo por soldados holandeses criollos (1622), se encendieron nuevas luchas entre estos dos enemigos encarnizados de España; y esto fué una suerte para España y una seguridad para la capitania general de las Filipinas, pues por la guerra que con la compañía inglesa de la India Oriental sostenían, los holandeses se vieron imposibilitados de echarse con todas sus fuerzas sobre aquellas posesiones españolas.

Ya comenzaban los holandeses á tomar pié firme al Norte de las Filipinas, ocupando, después de una tentativa frustrada de tomar á Macao (1622), la isla Formosa. También las aguas de las Filipinas estaban infestadas de corsarios holandeses, de manera que un ensayo propuesto por los jesuitas con el fin de extender la soberanía española sobre Mindanao, se estrelló en los navios holandeses. Fajardo se defendía con todos los medios que estaban á su alcance; pero no le era posible dar un golpe decisivo por no recibir de España ni dinero ni tropas; y si alguna vez llegó á su poder algún subsidio, este era de todo punto insuficiente. En España se cuidaban tanto menos de las Filipinas, cuanto que se pensaba de todas veras en abandonar completamente aquellas posesiones, que costaban mucho y producían poco.

Después de la temprana muerte del bizarro Fajardo, había sido confiada la dirección provisional del gobierno de las Filipinas al presidente de la Audiencia de Manila, al ya antes mencionado D. Jerónimo Silva (1624). Los holandeses se habían hecho entretanto tan fuertes, que á la vez que atacaban á los ingleses en el

mar de Banda, ocupaban á Formosa y bloqueaban con una escuadra la bahía de Manila; Jerónimo Silva juntó apresuradamente todas las embarcaciones disponibles y atacó á los holandeses en el renombrado Playahonda, como si este bién situado fondeadero hubiera sido el único lugar donde españoles y holandeses podían luchar por la posesión de aquel rico Archipiélago. D. Jerónimo alcanzó una victoria que me parece algo dudosa; porque Silva ni persiguió á los holandeses en su retirada, ni hizo prisioneros, por lo cual estoy dispuesto á admitir que aquello fué más bien para él un pequeño descalabro. La circunstancia de que los holandeses despues de aquella refriega abandonaron la bahía de Manila no desvirtúa mi suposición, porque ya por dos veces vimos que escuadras holandesas abandonaron dicha bahía (1616 y 1618) sin haber sido vencidas. Llama la atención que Silva fuera arrestado después de la pretendida victoria; la Audiencia le procesó por no haber perseguido á los holandeses fugitivos, ni haberles hecho prisioneros. Silva permaneció encerrado en el castillo de Santiago, hasta la llegada del gobernador interino, enviado por el virey de la Nueva España al tener noticia de la muerte de Fajardo. Este nuevo gobernador se llamaba D. Fernando de Silva, pero no pertenecía á la familia de los dos anteriores gobernadores de las Filipinas, D. Juan y D. Jerónimo de Silva.

D. Fernando llenó dignamente su puesto durante su gobierno, que apenas duró un año, y tuvo suficiente valor para tomar la ofensiva. Navíos españoles visitaron las costas de la India oriental, donde lograron apoderarse en las aguas del Menam de una embarcación holandesa; pero tuvieron que ceder su presa á los habitantes de Siam, porque desde 1624 españoles y siameses se habian declarado la guerra, mientras estos últimos firmaban con los holandeses un tratado de amistad.

El 29 de Junio de 1626 desembarcó en Manila el gobernador efectivo D. Juan Niño de Tabora. Este digno general traía á las Filipinas no solamente mucho dinero, sino también 600 soldados de línea europeos, lo que era para aquella tierra y aquellos tiempos un refuerzo bastante importante. Tabora reunió en seguida varios navíos é hizo activos preparativos para personarse en las Molucas. Por desgracia este gobernador ambicioso aban-

donó tan acertado plan para emprender una expedición aventurera á Formosa. Verdad es, que la ocupación de aquella fértil isla por los holandeses equivalía á una continua amenaza á Manila y á las Filipinas, que estaban rodeadas ahora lo mismo por el Sur que por el Norte de posesiones neerlandesas, pero lo que urgía ante todo era asegurar las posesiones españolas en las Molucas; después se podía haber procedido al ataque de Formosa. Sin duda, lo más sencillo y ventajoso para España hubiera sido la evacuación de los costosos fuertes de las Molucas, pero el orgullo nacional de los españoles no podía decidirse á esto.

Tabora se dirigió pues á Formosa con una escuadra, compuesta de cinco navíos grandes, dos embarcaciones menores de vela y dos galeras. Acompañábanle además un considerable número de barcas malayas llevando á su bordo á los voluntarios indígenas y las provisiones de boca. Tabora hizo primeramente rumbo á Macao, población retirada de los portugueses en la costa de China, esperando alcanzar de ellos refuerzos contra el enemigo común de las dos naciones reunidas bajo el mismo cetro. Es evidente que Tabora no había leído la historia de sus antecesores, de otro modo no habría malgastado dinero y tiempo en realizar semejante viaje. Sin embargo, no fué del todo inútil este viaje á Macao para Felipe IV. Estaba cercado entonces este fuerte portugués por una poderosa armada holandesa; Macao se defendía bizarramente, pero también los holandeses desplegaron todas sus fuerzas para borrar la mengua del año 1622 en el cual, como ya sabemos, habían hecho una tentativa vana para apoderarse de aquella ciudad. Los artilleros portugueses causaron al enemigo graves perjuicios y le echaron á pique su almiranta. Tabora ahuyentó con su escuadra á los holandeses y libró así á la apurada población. Aunque no he encontrado en ninguna de las fuentes, que tengo á la vista, una sola palabra que indique que Tabora haya recibido refuerzo alguno en Macao, me inclino á creer que no recibió ninguno, porque la desconfianza de los portugueses en la pureza de las intenciones de los españoles, estaba harto justificada por la expedición de D. Pedro de Acuña; además no es de suponer que Macao, que á duras penas había rechazado el ataque de los holandeses, cediese parte de su escasa guarnición á los españoles aventurase así la seguridad de una ciudad portuguesa para

favorecer intereses ajenos. Tabora se dirigió desde Macao á Formosa, donde encontró tan potentes á los holandeses que le fué imposible apoderarse de su principal fuerte Taiwan. Así, el fin principal de la expedición quedó frustrado.

Mas no por esto se creyó obligado Tabora á volver á Filipinas; antes bien continuó, alentado por la bravura propia de los españoles, la lucha con los holandeses establecidos en Formosa. Torrentes de sangre corrieron sin que se lograra ganar una victoria decisiva sobre el enemigo. En vista de que no se había logrado desalojar de Formosa al enemigo, determinó levantar á lo menos á la vista de la colonia holandesa otra española; y así fundó allí el fuerte Quilonga. Este fué todo el resultado de aquella expedición que había causado no solamente enormes gastos sino también no escasas pérdidas personales; además de esto favoreció la diseminación de las ya bastante mermadas guarniciones del *Asia española*. No me cabe duda que Tabora hizo esto llevado solamente de la vana ambición de alcanzar el renombre de propagador de las colonias españolas en la India Oriental. No encuentro otra razón: lo que no impide que Tabora haya alegado para encubrir sus miras ambiciosas el pretexto, que con la fundación del nuevo presidio español las fuerzas holandesas de Formosa se verían imposibilitadas de dirigir desde allí ningún ataque contra las Filipinas. Pero si Tabora sostuvo jamás tal despropósito, sólo podía ser creído por la corte de Madrid, donde todos, á excepción acaso de los jesuitas, ignoraban el verdadero estado de las Filipinas. No puede negarse que los holandeses tenían la soberanía en el mar, y si deseaban atacar á Manila desde Formosa, no necesitaban hacer más que reunir sus navíos cerca del fuerte Zelandia; la guarnición de Quilonga no podía oponerse lo más mínimo á esta maniobra. Los soldados españoles y la artillería del presidio no eran bastantes para atacar un fuerte holandés por tierra, y por mar, y si Quilonga no tenía más que dos pequeños «briks» á su disposición, no podían ser tan osados que se aventurasen á un encuentro con los grandes navíos holandeses.

En el año 1627 se presentó en Manila una embajada *siamesa*; el rey Phrachao-Phrasat-thong se quejaba de que algunas embarcaciones siamesas habían sido apresadas y quemadas por cruceros españoles. Tabora restableció algún tanto las relaciones amisto-

sas con aquel estado de la India Oriental, para impedir que Siam se echara completamente en brazos de los holandeses.

En las Molucas, donde en el año 1625 una poderosa armada holandesa, titulada «la flota de Nasau», les había arrebatado algunos puntos, los españoles habían recuperado en los dos años siguientes todo lo que habían perdido; también habían reconstruido algunas fortificaciones quemadas por los holandeses. No parecía imposible que el sultán de Ternate sellara su amistad con un tratado de alianza. Es el caso, que había muerto el sultán regente (1627), el cual en los últimos tiempos de su gobierno había hecho la guerra al sultán de Tidore con la ayuda que para este caso le prestaron los holandeses. Por la influencia de los españoles fué elevado al trono á su muerte, el príncipe D. Pedro de Acuña-Hamfia. Este era uno de aquellos príncipes de sangre real que Pedro Acuña había trasportado con el sultán Zaide á Manila. Veinte y tres años le habían tenido los españoles en Manila en una prisión decorosa y solamente cuatro meses antes de la muerte del sultán había llegado al fuerte principal, Gamalama, donde los españoles le proclamaron sultán. Aunque el nuevo sultán se había mostrado muy condescendiente con los españoles, estos no estaban satisfechos de su conducta, porque se portaba de igual manera con los holandeses. Por esto pensaron en reinstalar sobre el trono de sus padres al sultán anterior, cuya larga prisión le había convertido en un maniquí de los españoles, y dada la distinción que le dispensaron los malayos en las Molucas, España podía contar con grandísimas ventajas. El sultán Hamfia, á cuyos oídos llegaron estas intrigas, abandonó á los españoles y uniósse á los holandeses sin que por esto el sagaz oriental rompiese abiertamente con los españoles, los cuales habían abandonado ya el proyecto de reinstalar a Zaide.

En el año 1629 los españoles tenían aún los siguientes fuertes de las Molucas en su poder: en la isla Ternate, residencia del gobernador español, Gamalamo ó Ternate, además de Tougiel y Callemata; en la isla Tidore los dos castillos de Tabula y Romi; las guarniciones de los puntos indicados no eran muy poderosas. Aunque no he podido averiguarlo no creo equivocarme mucho estimando las fuerzas de las Molucas en unos 200 á 300 españoles, mejicanos y mestizos y 400 pampangos (malayos de la provin-

cia de Pampanga en la isla de Luzón); antes bien será este número exagerado que bajo. La flota, que estaba estacionada en aquellas islas, se componía de dos galeras, cada una con siete cañones, pero con tan pocos remeros, que solamente una de ellas podía prestar servicio; los oficiales blancos y los marineros eran 23 hombres.

VII.

Después de estos sucesos descansaron las armas algún tiempo; los holandeses estaban en parte ocupados con los ingleses, y en parte trataban de asegurar y fomentar su poder en sus espaciosas posesiones, mientras los españoles encontraban ocupación en el Japón, donde los cristianos acababan de sufrir una persecución sangrienta; también las tribus piratas de Mindanao y Sulu les inquietaban tanto, que no les era posible pensar en intentar nada serio contra los holandeses. De vez en cuando aparecía un navío de guerra holandés en las cercanías de algún fuerte que ocupaban los españoles en las Molucas, los españoles por su parte trataban de sorprender algún castillo holandés; pero en resumen, el estado de las cosas no cambió de aspecto en las Molucas por espacio de algunos años. En esto influyó muchísimo la desconfianza que lo mismo los españoles que los holandeses abrigan, y con razón, contra sus aliados indígenas; otra razón era que para ambos pueblos aquel archipiélago había perdido el valor que hasta poco antes tuviera, y así España consagró su atención á los Estados mahometanos de las Filipinas meridionales, mientras Holanda fijaba sus miras en Java y el Japón. El período glorioso de las Molucas se había eclipsado, y este archipiélago que antes había sido la manzana de discordia entre portugueses, españoles, holandeses y bretones, llegó á ser uno de los más tranquilos parajes del mundo.

Los jesuitas instaron al gobernador de las Filipinas, D. Juan Cerezo de Salamanca, á que fundase un presidio en la punta del extremo occidental de Mindanao «Zamboanga» (6 de Abril 1633), bajo el pretexto de reprimir la piratería; pero en realidad

pensando tener en él un punto de apoyo para las misiones de la Compañía de Jesús. Ya en 1609 había querido influir esta Orden, que tenía casi toda la jurisdicción eclesiástica de la espaciosa isla, cerca del gobernador D. Juan Silva, para que fundara una colonia militar en la región occidental de dicha isla; pero el gobernador rechazó tal petición, declarando que tenía bastante trabajo con los holandeses. Los jesuitas hicieron con una tenacidad incansable la misma petición á todos los sucesores de Silva, pero siempre sin éxito, hasta que por fin Cerezo cedió á sus ruegos, construyendo aquel fuerte, no sin oposición por parte de muchos oficiales y empleados.

Con la fundación de Zamboanga, la guerra entre holandeses y españoles tomó un aspecto completamente nuevo. Los mahometanos de Mindanao y Suluh, aunque habían ya hecho algunas correrías desde fines del siglo xvi por las costas de las Filipinas, á consecuencia de lo cual habían sido castigados á menudo por los españoles, especialmente los indígenas de Suluh; sin embargo, ya que no habían podido emprender una acción seria, intentaron siquiera hacer una alianza formal con Holanda.

Algunos *dattos* equiparon barcos ligeros con los cuales aparecieron en las Visayas en busca de esclavos y de granjerías; y aunque llegaron embarcaciones de guerra á sus islas para castigarlos, reduciendo á cenizas algunas de las poblaciones piratas, sus habitantes, que se refugiaron en los espesos bosques, donde permanecieron hasta que los españoles se hubieron marchado otra vez, reconstruyeron en un momento sus chozas de caña. El uso hasta entonces había sido que ni el sultán de Suluh, ni el de Mindanao se habían dirigido con todas sus fuerzas contra los españoles; pero desde ahora las cosas variaron. La fundación de Zamboanga en tierra mahometana había despertado el fanatismo religioso de estos dos estados, cuyos soberanos vieron amenazada su independencia; y estos temores eran en verdad muy fundados.

En el año 1636 llegó un nuevo gobernador, D. Sebastián Hurtado de Corcuera, excelente soldado, cuyo valor y caballería rayaban á igual altura que la de los conquistadores de los siglos pasados. Su única falta, bastante grande por cierto, era su apego fanático á la Orden de Jesús, cuyo interés fué antepuesto muy á menudo por el brioso general al de su rey. Corcuera emprendió

después de su llegada una serie de grandiosas conquistas: en 1637 cayó en sus manos el reino de Mindanao, y en 1638 él de Suluh. Pero con esto los españoles sólo habían alcanzado los laureles de la victoria, porque aquellos territorios obedecían solamente en aquellos parajes que lindaban con plazas fortificadas, y cuyas guarniciones debían estar siempre alertas para no ser sorprendidas. Las nuevas conquistas se iban haciendo cargas pesadísimas, no solamente porque eran muy costosas, sino porque su cuidado reclamaba numerosas tropas, que de otro modo podrían haber luchado contra los holandeses. Los sultanes de los dos reinos de Suluh y Mindanao, cuyos territorios estaban ocupados en las costas por los españoles, como también el de Buhayen (Mindanao), se habían escapado y luchaban con todos los medios por su existencia.

Especialmente el sultán de Mindanao, el célebre Corralat, se distinguió por sus dones y talentos de una manera peligrosa para los españoles: efectivamente, trató de encontrar en los holandeses ayuda contra su poderoso contrario. Mientras tanto los holandeses firmaban una formal alianza con el sultán de Ternate (1638), y así no estaban lejos de apoyar al moslemín filipino para debilitar de esta manera aun más el poder español. Además habían socorrido ya antes de la llegada de Corcuera al sultán de Suluh (1638) con pólvora y otras provisiones de guerra.

Sin embargo, los holandeses no podían apoyarlos tanto como deseaban, por estar comprometidos en otros puntos del Asia oriental. Desde el gobierno de Tabora la guarnición española de Formosa no había recibido refuerzos suficientes; Corcuera mismo se cuidaba muy poco de Formosa, y así nada tiene de extraño que el fuerte español en aquella isla privilegiada, se viera obligado á rendirse á los holandeses después de un cerco de corto tiempo. La noticia de esta desgracia llevó la consternación á Manila, porque sus moradores creían que los victoriosos holandeses dirigirían ahora también contra ellos un ataque. Con el mayor desinterés cooperaron lo mismo los particulares que los moradores de los conventos á la reconstrucción de las fortificaciones de Manila y de Cavite, y como lo habían hecho ya hacía veinte años, así también ahora entregaron los monjes y los sacerdotes las campanas de las iglesias para fundir con ellas cañones, puesto que las

murallas habían sido despojadas de la mayor parte de sus piezas de artillería, para armar con ellas los fuertes que últimamente se habían construido en Formosa, Suluh y Mindanao. Pero en vano se esperó á los holandeses por más que este momento hubiera sido el más favorable para realizar sus intenciones. La terrible sublevación de los chinos acaecida en el invierno de 1639 á 1640, había obligado á Corcuera á disminuir considerablemente las guarniciones de los presidios de las Filipinas meridionales: algunos fuertes, el de Sabanilla por ejemplo, tuvo que abandonarlos completamente, lo cual favoreció en mucho á los moros de Suluh y Mindanao, especialmente á éstos últimos, de tal manera que prosperaron grandemente. Los holandeses estaban ocupados entonces justamente en poner cerco al antiguo y renombrado fuerte de Malaca, que cayó en sus manos el 12 de Enero de 1641.

Entonces fué cuando una armada holandesa se presentó en las aguas de Filipinas, pero no para apoyar á los príncipes moros en sus luchas con los españoles, sino para dedicarse á una ocupación más lucrativa, á la piratería. Los holandeses se apostaron en el estrecho de Bernardino, para apresar la *Nao* que tenía que venir de Acapulco. Pero el jesuita P. Francisco Colín, el que más tarde se hizo célebre como historiador de las Filipinas, hizo amontonar haces de leña en todas las alturas de la costa, y dió orden de que las encendieran tan pronto como se tuviera noticia de la aproximación de la *Nao*. Esta fué la señal convenida, y cuando se dió, los indios de los pueblos de la costa se echaron en sus débiles lanchas, para ir á avisar de los movimientos del enemigo á la *Nao*, la que ya habia sido advertida del peligro por las muchas hogueras encendidas. La embarcación llegó con toda felicidad con su cargamento de plata á Cavite, pero el gobernados tomó desde entonces la precaución de apostar buques de guerra en el estrecho de Bernardino para esperar y escoltar á la *Nao*.

En el año 1644 hizo el príncipe heredero de Suluh un viaje á Batavia para asegurarse de la cooperación de los holandeses. Pintó á estos el estado de los fuertes españoles con los colores más oscuros, sosteniendo que dos embarcaciones serían más que suficientes para arrojar de los tres castillos de Suluh á los 80 soldados españoles y mestizos. El gobernador holandés, animado

por estas relaciones, hizo con el príncipe un convenio, según el cual la compañía se comprometía á expulsar de Suluh á los españoles, recibiendo en recompensa la soberanía sobre algunos de los territorios y muy particularmente los que ocupaban á la sazón los españoles. A consecuencia de este convenio, el 27 de Junio de 1645 dos buques de guerra se presentaron delante de Suluh. Al comandante español, D. Estéban Ugalde de Orellana, le fué intimada la orden de evacuar y entregar á los holandeses los tres fuertes que ocupaban las fuerzas españolas. A la respuesta dignísima del bizarro Ugalde contestaron los holandeses bombardeando durante tres días el fuerte principal que se encontraba cerca de la costa, mientras huestes sublevadas de los indígenas cortaban las comunicaciones con los otros que estaban más en el interior del país. Pero cuando los holandeses vieron que sus balas no causaban ningún desperfecto en las fuertes y macizas murallas y comprendieron que la pequeña guarnición estaba resuelta á defenderse hasta el último extremo, levantaron el sitio y se dirigieron á Tawitawi. Aquí se encontraba el sultán desterrado de Suluh; el comandante de las dos embarcaciones holandesas le visitó y le prometió volver con más fuerzas al año siguiente. La miserable conducta seguida por los traidores moros hácela patente el siguiente hecho. Apenas vieron que los temidos holandeses nada podían contra los fuertes españoles, sino que más bien sufrían pérdidas considerables, cuando una hueste mora intentó, aunque en vano, apoderarse de la más pequeña embarcación holandesa. Muchos de los suluhs se unieron abiertamente á los españoles, creyendo que los holandeses no podían competir con ellos. El día después del combate llegó ante Suluh el capitán D. Pedro Durán de Monforte con refuerzos. El sultán envió desde Tawitawi una embajada, que aseguró que no había tenido parte en el ataque holandés. Ugalde murió pocos días después de resultas de una caída que dió desde las fortificaciones y que le ocasionó la fractura de una pierna; la herida se gangrenó, por lo que el héroe murió miserablemente en la cama.

En Manila gobernaba desde el mes de Agosto de 1644 D. Diego Fajardo, hombre enérgico, que no ambicionaba ceñir su frente con los laureles del guerrero, sino que concentraba todos sus

pensamientos en cuidar de los intereses del estado, y ésto con una entereza espartana. Cuando tuvo noticia de los sucesos de Suluh, determinó asegurarse de nuevos ataques holandeses con un acto heroico, porque el peligro era en verdad grande, puesto que en Mayo de 1645 había aparecido un corsario holandés delante de Bolinao (isla de Luzón) y había saqueado completamente esta importante población. Fajardo intentó hacer las paces con los sultanes de Mindanao y Suluh, devolviéndoles los territorios ocupados por los españoles y privar así á los holandeses de fieles aliados. No era de esperar que después de estipulada la paz, estos príncipes se unieran de nuevo á los holandeses, porque estos astutos orientales podían haber aprendido por lo acaecido en las Molucas que los holandeses se servían de sus aliados solamente para que en su beneficio sacasen del fuego las castañas y reducirlos después á simples súbditos de la compañía holandesa de la India Oriental. El gobernador español no se engañaba en esto; y aunque corsarios de Suluh y Mindanao más tarde continuaron inquietando á las Visayas con sus piraterías, los holandeses ya no pudieron contar con ellos.

Por encargo del gobernador, el comandante de Zamboanga, don Francisco de Atienza, estableció primeramente la paz con el valeroso sultán Corralat de Mindanao bajo condiciones honrosas para ambas partes. Más difíciles eran las negociaciones con Suluh, porque era preciso ocultar el verdadero móvil de la repentina y complaciente conducta de los españoles, para que sus armas no perdiesen nada de la reputación que tenían adquirida á los ojos de los moros. Aunque Fajardo era enemigo declarado de los jesuitas, se sirvió de su cooperación en estas negociaciones; especialmente le secundó en ellas el P. Alejandro Lopez, que era muy estimado de los moros y por cuya mediación logró firmar la paz en 14 de Abril de 1646. Según las condiciones estipuladas en ella, quedó el sultán súbdito de la corona española, á la que debería pagar un tributo de tres cargamentos de navío de arroz; los españoles desocuparon todas las fortificaciones reservándose sin embargo la posesión de las islas Tapul, Siasi, Balanguisan y Pangaterran; aunque no dejaron en ellas guarniciones. Pocos dias ántes de firmarse la paz definitiva se extendió la noticia de la aproximación de una poderosa escuadra holandesa, y en su consécuencia estu-

vieron à punto de suspenderse nuevamente todas las negociaciones. Dos días después de haber desalojado la isla, y cuando apenas la había abandonado el último español, dicha armada holandesa, compuesta de siete embarcaciones, se presentó en la rada de Suluh, donde supo con asombro lo que había pasado. Para que no resultaran inútiles los gastos hechos en el equipo de esta armada, los holandeses se entretuvieron en cruzar el canal que existe entre Zamboanga y Suluh, para apoderarse del *Socorro de Ternate*. Así se titulaba aquella flotilla que era enviada anualmente desde Manila à las Molucas españolas para llevar à aquella guarnición los sueldos de un año y las provisiones de boca y guerra.

Por fin divisaron la flotilla del *Socorro*, cuando ya estaban en el camino de vuelta para Manila; tres de las cinco embarcaciones de que se componía lograron refugiarse en Zamboanga, las otras dos cayeron en manos de los holandeses. Después se dirigió la armada contra Zamboanga, pero su ataque fué rechazado. Este contratiempo no impidió à los holandeses que probaran hacer un segundo desembarco. Desembarcaron no lejos de Zamboanga en la rada de Caldera un fuerte destacamento con el fin de atacar el presidio español por tierra. Pero tampoco esta vez lograron su intento, porque el capitán Monforte, aprovechándose de la espesura de la arboleda, atacó con 30 mosqueteros españoles y dos compañías de malayos à los que habían desembarcado y les obligó à retirarse otra vez à sus navíos, después de haberles causado considerables pérdidas. Los buques habían continuado, entre tanto, un vivo cañoneo, pero sus balas causaron solamente estragos en la arboleda. El resultado de los dos ataques fué que habiendo hecho unos 600 disparos de cañón, perdieron unos 100 hombres. Después de estas pérdidas, la armada holandesa dirigióse de nuevo à Suluh, cuyos habitantes le habían negado su cooperación en la expedición contra Zamboanga. Ahora intentaron los holandeses ganar al nuevo sultán que les era adicto, para una expedición de piratería en gran escala, en la cual ellos mismos querían tomar parte; pero antes de concluirse el equipo, se verificó el cambio del «Monsun,» y la armada volvió à Batavia.

En el año 1646 se presentó en las aguas de las Filipinas, ade-

más de esta armada que según acabamos de decir volvió á Batavia, otra flota holandesa que se acercó á las costas de Luzón. Los holandeses se presentaban esta vez con un número de navíos mayor que nunca, pues reunieron en las costas de Pangasinan y de Iloco unos 15 á 18 bajeles. La tripulación intentó granjearse la buena voluntad de los indios por medio de un trato afable y separarles de los españoles, prometiéndoles completa independencia y exención de tributos. En vista de que los indios se negaban resueltamente á sublevarse contra los que hasta entonces habían sido sus señores, los holandeses desembarcaron destacamentos de marinos que robaron y saquearon á discreción. La llegada de unas compañías de soldados españoles salvó á la isla de mayores destrozos, y los destacamentos que se habían alojado en diferentes puntos se volvieron á embarcar á toda prisa.

Después de este suceso, la poderosa armada se dividió de manera que los 7 navíos mayores se dirigieron al estrecho de San Bernardino, para sorprender á la *Nao* de Acapulco, mientras otra parte se dispersaba por las costas de Luzón para entregarse á la piratería, y el resto se disponía á apoderarse del *Socorro de Ternate*, ignorando que otra flota cruzaba frente á Zamboanga con el mismo propósito. A estos navíos se unieron aun otros, así que en el año de 1646 no se contaban nada menos que 24 á 30 embarcaciones en las aguas filipinas.

A un número tan crecido de navíos podían oponer los españoles solamente dos embarcaciones dignas de las de sus adversarios. El gobernador confió el mando de estos dos galeones al almirante D. Lorenzo Ugalde de Orellana, la inteligencia más esclarecida de la colonia, agregándole como segundo jefe al intrépido D. Agustín de Cepeda. Ugalde limpió primeramente de enemigos las costas de Pangasinan para evitar que los holandeses insurreccionaran á los indígenas. Esta empresa se la facilitaba muchísimo lo separados que estaban los navíos holandeses; á la acción cooperativa de todas las embarcaciones no hubiera podido resistir Manila por mucho tiempo, pero así ganó Ugalde victoria sobre victoria. Finalmente se dirigió el almirante español al estrecho de San Bernardino, para escoltar á la *Nao*; mas no encontró allí á los holandeses ya, porque creyendo estos que la *Nao* había llegado á Manila por otro camino, habían determinado hacer una

visita á Cavite. Tan pronto como Ugalde tuvo noticia de esto, los siguió para defender al único arsenal de las Filipinas; pero antes de llegar á Cavite se encontró cerca de Marinduque con las siete embarcaciones holandesas. De la lucha acalorada que se entabló no salieron vencidos los españoles, porque lograron refugiarse con sus destrozadas embarcaciones en Cavite sin ser perseguidos por el enemigo, por lo cual celebraron este encuentro con razón como una victoria. Apenas habían sido reparados los dèspotos de las embarcaciones, cuando Cepeda reforzado por algunos otros bajeles pequeños, atacó y dispersó una escuadra holandesa. Así terminó felizmente para España el año de 1646, aunque por algún tiempo había parecido que los holandeses iban á realizar en él su más ardiente deseo, la conquista de las Filipinas.

Los españoles se entregaron en el invierno de 1646 á 47 á aquella quietud, á que solían abandonarse con poca oportunidad. En vez de construir nuevas embarcaciones y renovar las fortificaciones que se deterioran fácilmente en los climas tropicales, el gobernador Fajardo, que en otras ocasiones se había mostrado tan enérgico y decidido, pidió para las disposiciones pendientes parecer á los oficiales, antes de emprender nada. Es verdad que no debe echarse en olvido que hacía ya dos años que la *Nao* de Acapulco no había llegado á Manila, así que durante este tiempo ni las tropas, ni los oficiales, ni los empleados habían cobrado sus haberes, y que por la falta absoluta de capitalistas, tampoco por medio de préstamos y donativos hechos por los ciudadanos de Manila y Cavite se podía reunir tanto dinero como se necesitaba para conservar en buen estado las embarcaciones, armas y municiones, y menos aun para reformar ó construir nuevas fortificaciones. Faltaban además los refuerzos necesarios, puesto que las sangrientas luchas de 1645 y 1646 habían mermado considerablemente las filas españolas, y estas brechas eran tanto más sensibles, cuanto que los soldados indígenas no podían sostener de ningún modo una lucha ordenada con un enemigo europeo.

Evidentemente, Fajardo abrigaba la esperanza que los holandeses, desanimados con los descalabros de los años anteriores, no pensarían en gastar inútilmente nuevas y crecidas sumas en

nuevas expediciones á las Filipinas. En algo se puede justificar esta conducta por la circunstancia de que los holandeses en los años anteriores tenían la costumbre de enviar dos expediciones seguidas cada dos años y suspenderlas después por algún tiempo. La venida de algunas embarcaciones se esperaba sin preocuparse de ello, porque desde algún tiempo acá los españoles se habían acostumbrado á que año tras año en las aguas filipinas aparecieran corsarios holandeses, pero nadie se había figurado que en el año de 1647 los holandeses enviarían una nueva expedición contra las Filipinas.

El 10 de Junio de 1647 se oían en Manila ecos belicosos llevados por el viento desde la mar á la costa. Era el caso que había llegado á la isla del Corregidor una armada holandesa cuya tripulación estaba tan segura de la victoria, que batían los tambores y tocaban las trompetas, para dar expresión pública de su alegría por su feliz arribo á la bahía de Manila y del desprecio que el enemigo les inspiraba. No era esta la primera imprudencia que cometían los holandeses. Once de sus embarcaciones anclaron frente á Batán, mientras la almiranta siguió su rumbo á Cavite, donde justamente en frente del fuerte San Felipe enarboló la bandera y descargó todos sus cañones, abandonando después de este singular reto, que hubiera hecho gracia á D. Quijote, el puerto y regresando á Batán, donde volvió á reunirse con los otros navíos. En el mencionado fuerte se encontraba como prisionero de estado el ilustre gobernador Corcuera, que desde la ventana de su prisión había sido testigo ocular de lo ocurrido. Viendo la singular maniobra de la almiranta, el anciano guerrero exclamó apostrofando al enemigo comandante: «¡Mal soldado! que hoy has desperdiciado la victoria.» Este presagio del conquistador de Suluh y Mindanao se cumplió. Si los holandeses en vez de representar aquella cómica escena, hubieran atacado á Cavite desde luego, entonces el mejor puerto de guerra de los españoles en Asia hubiera caído de seguro en su poder.—Ante todo ruego al lector, que no se imagine que Cavite fuera algún Toulon ó Kronstadt; la fuerza del arsenal de Cavite, situado en el extremo de un promontorio, consistía, aunque toda la población estaba amurallada, en el ya mencionado fuerte de San Felipe, pues sólo él podía oponer resistencia á un enemigo euro-

peo. La guarnición de toda la plaza no pasaría seguramente de 300 soldados de línea, y en vista del completo descuido de los españoles presumo, que entonces no llegaba á la mitad de este número. La falta de una inteligente dirección militar y lo exhausto del tesoro habían dejado desprovistos de pólvora y plomo á esta plaza como también á Manila; además las fortificaciones deterioradas por el terrible terremoto del año 1645, no habían sido aun reparadas. Como se ve, encontrábase todo en deplorable abandono; hé aquí por qué sostengo mi opinión, que los holandeses se habrían apoderado por medio de un ataque inmediato de la fortaleza marítima.

Durante dos días permanecieron quietos los holandeses, invirtiendo un tiempo precioso en largas conferencias. Los españoles aprovecharon bien este corto plazo, pues día y noche trabajaron para reparar las fortificaciones y preparar las municiones. La energía incansable y los multiplicados esfuerzos de que dan prueba los españoles en días de peligro (aunque caigan después de alcanzada la victoria en su anterior indolencia), esta energía incansable hizo, como digo, que la plaza de Cavite estuviese completamente preparada á las cuarenta y ocho horas. Al tercer día se presentaron los holandeses ante la fortaleza, defendida por el intrépido Andrés Lopez de Azalduigui. El cañoneo duró desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche, haciendo los holandeses en este tiempo 2.000 disparos. Los españoles tenían escasas municiones, por lo cual contestaron con alguna flojedad; no obstante de esto y aunque el calibre de sus piezas de artillería era menor que el de los cañones holandeses, causaron por lo acertado de sus disparos grandes destrozos entre los enemigos. Ya empezaba la escasa guarnición á dar señales de cansancio, cuando fué reanimado su valor y esperanza á la vista de los cadáveres holandeses que por las olas eran llevados á la costa. Una bala de cañón hirió al almirante holandés de tal manera que murió inmediatamente, y su navío sufrió tanto, que los mismos holandeses le tuvieron que echar á pique. A las siete de la noche se retiraron los holandeses y desistieron de hacer otra tentativa para apoderarse de Cavite.

No obstante, la flota holandesa no abandonó después de este descalabro la bahía de Manila, sino que se dirigió á la parte sep-

tentrional de la misma, hacia las costas de Pampanga; quizá pensaban en sublevar aquella provincia, cuyos habitantes belicosos ofrecían el mayor contingente á los soldados indígenas de los españoles. El alcalde mayor (gobernador de aquella provincia); el capitán D. Diego Cabrera, era un mal militar que dió pruebas manifiestas de su incapacidad. Con la mayor facilidad podía haber impedido que las cañoneras holandesas se acercaran á las costas para hacer el desembarco de sus tropas, puesto que disponía de unos 600 soldados, los cuales hubieran podido maniobrar al abrigo de las selvas vírgenes que cubrían las playas; pero Cabrera no puso á los holandeses ningun obstáculo. Lo único que hizo fué retirarse con toda la guarnición al convento de Abucay, cuyas fuertes murallas habían reforzado con trincheras y fosos de modo que tenía todo el aspecto de un respetable fuerte, sólo que era demasiado pequeño para tanta gente, y además estaba expuesto por todos los lados á las balas enemigas.—Los holandeses se acercaron á Abucay y rompieron con su artillería un fuego vivísimo; cada descarga hacía estragos, puesto que los patios del fuerte estaban cuajados de soldados que con insistencia pedían hacer una salida. Pero Cabrera, que había perdido completamente la cabeza, entregó Abucay á discreción.

El comandante holandés mandó fusilar á 4.500 pampangos que la capitulación habia puesto en su poder, segun acostumbraban á hacerlo los ingleses é indios; esto quiere decir, que mandó hacer fuego sobre los indefensos y apiñados prisioneros, hasta que sus cadáveres cubrieron en montones el suelo. Este acto de brutal barbarie extraña tanto más en los holandeses, cuanto que con él perdían toda probabilidad de granjearse la buena voluntad y alianza de los indígenas de las Filipinas. Después de la carnicería de Abucay, atacaron los holandeses á Samal; pero fueron rechazados, ocasionando los indígenas desde las espesuras de sus bosques considerables bajas en las filas de sus enemigos. En vista de la aproximación del capitán Juan de Chaves que venía con nuevas tropas, se vieron los holandeses obligados á hacerse otra vez á la vela. La armada neerlandesa tomó después posición cerca de la isla del Corregidor, para apresar las embarcaciones procedentes de China y sublevar por este medio á los numerosos chinos residentes en Manila, tratando de alcanzar el

mismo resultado cerca de los malayos por medio de emisarios. Pero todo fué en vano; nadie se movió en favor de los asesinos de Abucay; al contrario, una parte de la infeliz armada sufrió un sensible descalabro. Era el caso que los holandeses, sabedores de que se acababa de construir un galeón en las Visayas, el cual se preparaba á emprender la travesía á Manila, enviaron seis de sus embarcaciones para apoderarse de él; pero el español logró refugiarse en una de las bahías, y cuando los holandeses intentaron atacarle tambien allí fueron dispersados, porque acudieron al sitio del peligro considerables fuerzas. Después de una ausencia de siete meses volvió la mal parada flotilla á Batavia sin más ganancias, que una escasa presa y grandes pérdidas en gente y embarcaciones.

Miéntras esta armada había operado con tantos contratiempos en la bahía de Manila, no habían ganado más laureles algunos cruceros holandeses, que aguardaban á la *Nao de Acapulco* en el estrecho de San Bernardino. Desde 1645, no había llegado ninguna *Nao* á Manila, porque por miedo á los holandeses no se había despachado de Manila ninguna *Nao*, y ésta había sido la razón de que tampoco se enviaran embarcaciones á las Filipinas. Pero como el virey de la Nueva España no quería dejar sin socorro á aquel distrito, envió, bajo su propia responsabilidad, á Manila un navío cargado de barras de plata y de pesos fuertes. La embarcación que se había escogido para hacer la travesía, era un *brik* ya muy deteriorado, cuyo mando fué confiado á Cristóbal Romero, hombre muy apto para este encargo. Romero ancló primero en Lampón, puerto de la costa oriental de Luzón, donde supo que una flota holandesa estaba merodeando y había pasado frente á Lampón hacía solamente pocos dias. Por eso desembarcó en seguida todo el cargamento y lo envió con una fuerte escolta por tierra á su destino. Apenas se había logrado esto, cuando los holandeses se presentaron en la bahía. Romero comprendió que le sería imposible poder resistir con éxito á los holandeses, puesto que no tenía más que una embarcación carcomida y un puñado de hombres, mermados aun por la escolta enviada á Manila. En vista de esto prendió fuego al *brik* y se refugió con su gente en la costa, en cuyas selvas vírgenes encontraron suficiente abrigo. Los holandeses pudieron salvar aun algu-

nos de los cañones, pero no pudieron enseñorearse de las llamas. La decisión de Romero valió al Estado más de un millón de piastras; sin embargo, cuando llegó á Manila, Fajardo le mandó encarcelar y formar proceso por no haber defendido su navío contra los holandeses. Sentenciado á muerte en primera instancia, fué absuelto por la Audiencia, á la cual había apelado.

VIII.

El convenio de paz de Westfalia llegó á tiempo, porque en el año 1649 se sublevaron las muy oprimidas Visayas; solamente con el despliegue de grandes fuerzas y medidas severas podian ser reducidas á la obediencia. Sólo á la fidelidad de los indios se debió que se salvara la soberanía española; si los holandeses se hubiesen encontrado aun en estado de guerra, España podía haber conservado únicamente á Luzón. Si bien se había firmado la paz, los holandeses sostuvieron relaciones con los enemigos de España, vendiendo á los piratas de Suluh y Mindanao municiones y provisiones de guerra, pero esto no por enemistad á España, sino solamente para ganar dinero.

Mientras la paz de Westfalia preservaba á las Filipinas de una ruina inminente, era causa de la pérdida del resto de las posesiones españolas en las Molucas. Puesto que se había estipulado en el mencionado tratado de paz que los españoles no podrían extender sus posesiones en las Molucas, y en vista de que los fuertes de aquellas regiones no estaban ya expuestos á nuevos ataques, el Gobierno español no hizo más gastos en favor de aquellas apartadas plazas y guarniciones. Los soldados carecian de lo más necesario, y se vieron tan olvidados, como si hubiesen sido sus privaciones castigo de sus maldades. En tan tristísima situación esperaban con grande ansia que llegara el tiempo en que maduraran los clavos, para recoger los que producían en pequeña cantidad los alrededores de sus trincheras. También el comercio de las Molucas españolas había dejado de existir; la competencia holandesa y la negligencia del Gobierno español se

unían para ello. El mayor número de las familias indígenas se marcharon á las Filipinas ó á la Nueva España.

Cuando en el año 1662 el rey chino de Formosa, Kogseng, amenazó con un ataque á Manila, entonces los españoles llamaron sus tropas de las Molucas para proteger á la capital. Los españoles se llevaron cuanto pudieron, á los soldados siguieron los jesuitas, y á éstos se unieron algunos centenares de los habitantes católicos de Ternate; pues todos comprendían que España abandonaba desde entonces todos aquellos territorios. Así sucedió en verdad, pues los holandeses ocuparon las fortalezas que habían desalojado los españoles, y después de haber enarbolado su bandera sobre las murallas, las arrasaron. Los españoles no opusieron ningún obstáculo á sus pretensiones, más bien parecían contentos de verse libres de las Molucas, cuya posesión habían anhelado en el trascurso de más de ochenta años, y por cuya conquista se había vertido tanta sangre.

Los mencionados habitantes de Ternate, que habían abandonado su patria en compañía de los españoles, recibieron del gobernador una porción de terreno en las inmediaciones de la bahía de Manila, no lejos del puerto de Cavite; los emigrados fundaron allí la población de Maringodón, cuyos habitantes han conservado hasta hoy día el lenguaje de su primitiva patria.

Los cristianos católicos de las Molucas eran tanto más simpáticos á los españoles, cuanto más desconsiderados se portaron con los indígenas los holandeses, ahora que no tenían que temer la competencia de ninguna nación europea. A principios del siglo xvii los holandeses se habían presentado en aquellas aguas para librar á aquellos territorios; según dijeron á los príncipes malayos, descontentos de la soberanía española y portuguesa, de la «tiranía de los blancos» y brindarles con la libertad de comercio y de la religión. Sabido es cómo engañaron á aquellos malayos en todo lo que se relacionaba con la libertad de comercio.

Es verdad que los españoles habían prohibido á sus súbditos entablar negocios con otras naciones europeas, pero en cambio les permitían á cada uno plantar y cultivar en su propio terreno todo cuanto deseaban. Pero los holandeses dictaron órdenes mucho más duras, según las cuales los árboles del clavo se podían plantar solamente en determinados parajes, mientras en otras

islas los cortaron todos; claro es que á los súbditos indios les estaba además prohibido severamente negociar con otras naciones europeas sin permiso de la compañía.

Bajo esta opresión gimieron todos los indios holandeses; pero los que eran católicos se vieron expuestos aún á otras vejaciones, puesto que los neerlandeses les obligaban á ingresar en la iglesia calvinista. Esto se pasa generalmente en silencio, y si alguna vez se habla de españoles y holandeses, entonces únicamente los primeros figuran como representantes del fanatismo é intolerancia religiosa, mientras figuran los segundos como tolerantes, siendo así que tanto los unos como los otros adolecían del mismo achaque, del achaque de su época. Para que no se crea que yo acuso á los holandeses bebiendo únicamente en fuentes españolas, que podrían ser por consiguiente parciales, quiero citar en aseveración de mi aserto algunos pasajes entresacados de un escritor holandés, del célebre predicador calvinista Baldäus de la compañía holandésa de la India Oriental, y cuya excelente obra es una verdadera mina para todo investigador del estado de las cosas en el archipiélago índico durante los siglos xvi y xvii.

Segun pág. 144 de la citada obra, los holandeses no permitieron la presencia de sacerdotes católicos en la mayor parte de las poblaciones que habían arrebatado á los portugueses, despojando todas las iglesias de sus cuadros, y trasformándolas en templos calvinistas («para reformar allí la iglesia y limpiarla de la levadura del papismo» pág. 149). La conversión de los católicos se llevó á cabo en todas partes, «por orden de la alta soberanía» pág. 377. Los comandantes holandeses apoyaron á los predicadores calvinistas con todos los medios que tuvieron á su alcance. Baldäus mismo se expresa de la siguiente manera, cuando habla de la calvinización de los católicos de Jafnapatam: «Debo confesar que el Sr. Anthon y Pavilioen... me ha prestado su cooperación para la extinción de la idolatría, siempre que se la he pedido. (pág. 391).» De aquí se desprende que los holandeses no fueron en modo alguno los apóstoles de la tolerancia, por los cuales se les quiere hacer pasar generalmente en Alemania. Era cosa esencial del espíritu de los siglos xvi y xvii el no sufrir ninguna contradicción en materias de religión y ¿qué estado de Europa ejerció en aquel tiempo la tolerancia en el sentido moderno?

Esta intolerancia religiosa de los holandeses fué causa de que los moradores católicos de una de las islas Molucas, Siao, enviaran á Manila una embajada bajo la presidencia del cacique Pedro Docolivan, para pedir á los españoles socorro contra sus opresores. Docolivan llegó á Manila el 7 de Octubre de 1689, donde se presentó al capitán general, el cual, aunque le recibió con mucha deferencia, le contestó que no se podía hacer nada en su favor. Esta embajada fué la última señal de la unión que había existido por largos años entre las Filipinas y las Molucas.

Holandeses y españoles vivieron ahora en paz los unos al lado de los otros, pero no existían relaciones comerciales entre las colonias de las dos naciones; embarcaciones españolas y filipinas no se vieron nunca en la India holandesa, y aunque arribaron á las Filipinas procedentes de esas comarcas, no pocas veces bajeles de construcción y tripulación asiáticas, las embarcaciones tripuladas por marineros europeos ó solamente mandados por capitanes europeos hallaron siempre cerrados todos los puertos del Asia española.

Sólo dos gobernadores tuvieron el valor de mandar en contra de las severas prescripciones de la ley, navíos con tripulación europea á Batavia, y esto sólo para comprar provisiones de guerra, especialmente fusiles, cañones, etc., por no haber podido recibir en el tiempo deseado estos artículos de España. Así lo efectuó en el año 1718 el capitán general Valdés y Tamón que bajo las órdenes del mariscal Bustamante envió una embarcación á Batavia; pero ésta no pudo efectuar las compras encargadas de materiales de guerra. Durante el mando de este gobernador estuvo á punto de estallar una guerra entre los españoles y holandeses.

Era el caso que estos últimos, aun despues de proclamada la paz de Westfalia, continuaron sus relaciones con los sultanes de Suluh y Mindanao, enviándose recíprocamente embajadas, cuyo objeto era recordar las alianzas hechas contra los españoles. Especialmente los primeros fueron provistos de municiones en abundancia; así que sus piratas podían realizar sus expediciones á las Filipinas con un éxito siempre más favorable. Si anteriormente los piratas de Suluh y Mindanao se habían llevado prisioneros, para hacerlos trabajar en las faenas de sus propios campos, ahora llevaron á los cristianos, que habían capturado en

las Filipinas también á los mercados de Batavia, donde encontraron en los holandeses buenos compradores para dichas mercancías. El precio de compra de los esclavos se pagaba en armas y municiones; para animar de este modo á los vendedores á nuevas piraterías. Nos podemos figurar que los españoles estaban muy irritados, viendo esta falta de lealtad; pero la tirantez se hizo mayor aun, porque aquellos caciques malayos se habían obligado por tratados sancionados á no comerciar con ninguna otra potencia europea, y á no entablar negociaciones con otras naciones sin el previo permiso del capitán general y del gobernador de Filipinas.

Oficialmente estos príncipes mahometanos mantenían las más cordiales relaciones con España, aduciendo que aquellas expediciones eran debidas á los caciques independientes de ellos (aqueellos estados, dicho sea de paso, se fundaron en el sistema del feudalismo), pero siendo ellos en realidad los que verdaderamente fomentaban la piratería. Los españoles para contrarrestar en todo lo posible á los piratas, fomentaron á su vez las guerras intestinas de aquellos estados, para que luchando los unos con los otros no hallasen tiempo para sus expediciones.

Una guerra civil de esta índole desoló á Mindanao en el segundo cuarto del siglo xviii. Contra el sultán Moulana Diafar se había sublevado entonces su hermano ó sobrino Malinog. Este que tuvo más suerte que el soberano legítimo, conquistó la residencia de su hermano, Selangani, y ya parecía que el antiguo reino de Mindanao iba á dividirse en dos, siendo llamado «Selangani» la parte que reconocía á Malinog y Tamontaca el resto, que quedó fiel á Maulana Diafar. A pesar de las repetidas peticiones del sultán legítimo, los españoles habían observado hasta entonces la neutralidad; pero cuando tuvieron noticia de que Maulana Diafar había pedido socorro á los holandeses, armaron en seguida (Noviembre 1731), una escuadra de siete pequeñas embarcaciones á las órdenes del acreditado capitán D. Pedro de Zacarías, el cual, auxiliado por las tropas del sultán legítimo, logró rechazar al pretendiente. El sultán quedó muy agradecido á los españoles por su pronta y eficaz ayuda, por lo que fueron vanos los esfuerzos de los holandeses para granjearse su buena voluntad.

Cuando los holandeses llegaron con algunas fuerzas, lo encon-

traron ya todo arreglado, debiendo contentarse con levantar en la costa de Mindanao algunos pilares con las insignias de Ternate para indicar que estos territorios estaban bajo la soberanía de Ternate. Verdad es que lo mismo el reino de Mindanao que el de Buhayen, unido más tarde al primero, habían estado bajo la soberanía de los sultanes de Ternate hasta principios del siglo XVII; pero durante las luchas hispano-holandesas se habían separado y quedaron independientes de ese imperio moluco, tan poderoso en algún tiempo, por lo cual no era muy acertada en los holandeses la pretensión de que el sultán de Mindanao era vasallo de una colonia holandesa y así á la vez de la misma Holanda.

El sultán no tuvo que hacer cosa más urgente que enviar en seguida uno de estos pilares á Zamboanga, el más cercano de los fuertes españoles, y cuyo comandante era el ya mencionado capitán Zacarías, dando así á los españoles una prueba de su sinceridad. Después de esto llegaron otras dos embarcaciones holandesas, con objeto de erigir otra columna cerca del mismo Selangani, pero el sultán Radiamura (hijo de Maulana Diafar que había sido asesinado entre tanto) obligó á las fuerzas desembarcadas para este fin, á retirarse apresuradamente á sus navíos.

Convencidos los holandeses que de este modo se habían enemistado con el sultán legítimo de Mindanao y no queriendo renunciar, sin embargo, á toda influencia sobre los mahometanos de aquella extensa isla, determinaron granjearse la amistad del pretendiente Malinog, del cual no tenían tampoco que temer que se opusiese á sus deseos indirectos de anexionarse algunos territorios. Con esta intención zarpó de Ternate una chalupa para entregar á Manilog un turbante con corona y provisiones de guerra. La embarcación, tripulada por 50 hombres (entre ellos algunos alemanes), y armada con 16 piezas de artillería, llegó felizmente á la costa de Mindanao y ancló en la desembocadura del río Samocay, quedando en la orilla atada con maromas. En esta situación fué sorprendida por navíos de guerra españoles.

Es el caso que había en Zamboanga una estación de cruceros contra los piratas, que se componía de dos galeras solamente, las cuales contaban, sin los remeros, 45 tripulantes. El comandante de la pequeña escuadra, D. Francisco Muñoz, cruzaba con sus navíos las aguas de la costa de Mindanao, cuando recibió en Ta-

montaca la primera noticia de la llegada de la chalupa holandesa. Muñiz determinó en seguida apresar la embarcación bajo cualquier pretexto y empezó á darle caza. Cuando la divisó en la desembocadura del rio Samocay, se dirigió directamente á ella; ésta, confiando en la paz firmada entre las dos naciones, no se movió de su sitio. La almiranta española hizo entender á la embarcación holandesa por medio de un cañonazo, que enseñase bandera, lo que hizo desde luego, pero cuando Muñiz por medio de otras descargas le indicó enviase á su capitán en una lancha á bordo de la capitana española, entonces los holandeses no comprendieron la significación de los cañonazos, lo que tomó Muñiz por pretexto para empezar las hostilidades.

En vista de que no se botó ninguna lancha y creyendo observar que se hacían en la chalupa preparativos para el combate, los españoles dirigieron sus galeras directamente á los holandeses, de los cuales fueron recibidos con una descarga cerrada; después de esto se entabló un vivo tiroteo por ambas partes, sufriendo los navíos españoles bastantes desperfectos. Sin embargo, Muñiz atracó con su almiranta al lado de la chalupa y saltó á ella, espada en mano, uno de los primeros. Tras una breve lucha, los holandeses rindieron las armas. Además de los objetos mencionados, se encontraron entre los papeles varias instrucciones y partes, que probaban evidentemente que Malinog sostenía estrechas relaciones con los holandeses.

La embarcación y los prisioneros fueron llevados á Manila, donde la chalupa fué declarada de buena presa; la tripulación quedó prisionera; y según las leyes españolas fueron asemejados á los piratas.

La noticia de este hecho violento llegó á Batavia, donde no opinaron dejar pasar este suceso sin correctivo, bien que hubiera llegado un documento del capitán general de las Filipinas, en el cual trataba de justificar la conducta de los españoles observada en el apresamiento de la chalupa. El gobernador de la India neerlandesa no dejó por esto de enviar tres grandes navíos de guerra á las Filipinas, porque los holandeses consideraban el fallo de la comisión que había declarado de buena presa la embarcación holandesa como rompimiento del derecho de gentes.

En Julio de 1735 apareció la flota holandesa á las órdenes del

comodoro Vry delante de Manila. Vry pidió en seguida la libertad de los presos, la devolución de la embarcación y amenazó en el caso de negarse á ello, con el apresamiento de la nao *Gwia* que estaba dispuesta á zarpar del puerto, y de reservar la misma suerte á la nao *San Cristóbal* que se esperaba de Acapulco. El capitán general Tamón avisó en seguida á todos los puertos que tenía que tocar la nao *San Cristóbal* del peligro que le amenazaba. Si su cargamento de plata hubiera caído en manos de los holandeses, entonces el gobierno de Filipinas se hubiera visto sin recursos.

La situación del capitán general era muy comprometida. El gobierno no tenía dinero, los almacenes reales de Manila habían sido destruidos por las llamas el 18 de Junio de 1733, la pequeña guarnición de los dos fuertes de Manila y Cavite se componía solamente de malayos indígenas, de pieles rojas de Méjico y de mestizos, faltándoles además las municiones necesarias. Teniendo en cuenta el descuido de la administración y el poder destructor del clima, era natural que las trincheras y las piezas de artillería se hubieran echado á perder por completo durante el largo período de paz. Manila no se encontraba en la posibilidad de poder resistir con éxito á un ataque serio de los holandeses. Todo esto lo comprendió el gobernador español, y también se convenció por los papeles presentados por Vry, que Muñiz había cometido en verdad una injusticia, siendo así las reclamaciones de los holandeses de todo punto justas. No obstante estas consideraciones, Tamón cedió después de haber pasado algún tiempo, porque temía que se le impusiera algún castigo de Madrid, adonde había pasado ya aviso de la presa de la chalupa y donde la había presentado como un hecho legal, fiándose de las declaraciones de Muñiz.

Para ponerse á cubierto convocó una reunión de los más importantes empleados y oficiales para deliberar sobre las pretensiones holandesas. En esta junta se hizo constar la imposibilidad de poder resistir á los holandeses, si trataban de tomar por la fuerza lo que pacíficamente pedían con razón. Para intimidar á algunos miembros de la junta, dispuestos á la guerra, se hizo constar como probable la alianza entre los holandeses y los habitantes de Suluh y Mindanao, lo que tendría por consecuencia

la inmediata ruina de la colonia. No obstante estas razones, el orgullo nacional español hubiera probablemente preferido una guerra infructuosa á una condescendencia prudente si las pruebas aducidas por Vry no hubieran sido tan persuasivas, que los españoles no podían dudar ni por un momento, dónde estaba la razón. La conducta caballerosa del comodoro holandés influyó no poco para que se cediese por fin á las peticiones de Vry, y esto con el consentimiento de la real audiencia, que era la autoridad superior de la colonia.

Para no impedir que se llegase al arreglo deseado, concedió Vry al gobernador que se añadiese al documento la cláusula «á condición de que sea aprobado por el rey», porque sin este requisito no lo quería firmar el gobernador Tamón, creyendo ponerse así á cubierto, en parte por lo ménos, de la ira de la corte.

En consecuencia de esto, se puso en libertad á todos los prisioneros, y como indemnización de la embarcación y su cargamento, se pagó la suma de 6.500 pesos. Tamón entregó además al Comodoro Vry un escrito para el gobernador de la India holandesa, en el cual se disculpaba de su primera comunicación, por haber sido mal informado, refutando además algunos cargos injustificados. Así terminó este incidente.

A fines de 1745 encargó el capitán general Arrechadera (obispo de Nueva Segovia), al francés naturalizado Pignon, residente en Batavia, el suministro de cañones, fusiles y municiones, por lo cual el gobernador holandés avisó al capitán general español, que en su travesía á Nueva España cuatro navíos mercantes bajo la protección de dos navíos corsarios ingleses tocarían en las Filipinas, pero violentas tempestados impidieron á estas embarcaciones abandonar las aguas de China.

De esto podría sacarse la consecuencia que Holanda había abandonado por completo el plan de disputar á los españoles los derechos de soberanía sobre Mindanao. Pero no era así. Los holandeses enviaron en la primavera de 1747 una escuadra á Mindanao, para reforzar á Malinog, mas éste había muerto ya. Trafaron entonces de fundar una factoría en Selangani, pero no pudieron realizar su propósito gracias á la resistencia que les opuso el sultán Lincón.

Esto no obstante, el comandante de aquella escuadra hizo la

tentativa de establecerse en la isla de Basilán. Basilán había sido en los años de 1638 á 1646 una colonia española, y el sultán de Suluh había reconocido solemnemente y en varias ocasiones al Gobierno español los derechos de soberanía sobre aquella isla. Estos acuerdos no fueron obstáculos para que el comodoro holandés enviase á Basilán una de las embarcaciones de su escuadra que ancló en la rada de Tanguna. Puesto que el lazo que unía á los *dattos* (caciques) de la isla con el sultán Suluh era poco estrecho, el capitán de aquel navío se imaginaba que su tarea sería fácil. El *datto* de Tanguna estaba presto á ceder á las pretensiones holandesas en recompensa de los ricos regalos que se le hicieron. Pero cuando sus parientes tuvieron noticia de estos convenios le amenazaron con dejarle solo y sublevarse contra él. El astuto asiático temió que tendría que devolver á los holandeses los ricos presentes recibidos, y así determinó apoderarse, por medio de un ataque inesperado de la embarcación holandesa y de su cargamento. Aunque había dispuesto muy bien las cosas, no logró su intento por las precauciones tomadas por el capitán holandés, el cual tenía á su disposición 38 piezas de artillería y 85 hombres; el *datto* y muchos de sus hombres perdieron la vida en la reñida lucha; los holandeses volvieron á las Molucas. El comandante español del fuerte de Zamboanga envió á Basilán un navío de guerra al mando del capitán Castro, tan pronto como tuvieron noticia de la aparición de los holandeses en Zamboanga. Cuando Castro llegó, supo por los indígenas que los holandeses, que se habían retirado ya, habían venido con el intento de incitar los ánimos de aquella isla contra el presidio español. Tengo esta noticia por muy poco verídica, y creo lo más probable que dichos indígenas querían granjearse con esto el reconocimiento de los españoles, porque una mentira más ó menos es cosa de poca importancia para los malayos.

Esta fué la última tentativa que los holandeses hicieron para fijarse en el archipiélago de las Filipinas. Contentáronse desde entonces con dar á los piratas municiones por cristianos robados, que fueron empleados por ellos como esclavos en sus plantaciones. Las muchas reclamaciones dirigidas por la corte de Madrid á la de la Haya para que se pusiera término á este tráfico, indigno de una nación cristiana y civilizada, no hallaron eco. Solamente

después del año 1763, cuando la fuerza marítima de Inglaterra en la lucha sostenida con los estados unidos por el pacto de familia de los Borbones, hubo dado prueba de ser invencible; sólo entonces fué cuando desistieron de tan indigno proceder, por más que la avaricia de algunos comerciantes holandeses ha venido proveyendo á los piratas de Suluh de pólvora y plomo hasta tiempos no muy lejanos, lo que no impedía que esos incorregibles piratas saqueasen también á súbditos holandeses.

Sabido es de todos, que hoy día ya no existe esta rivalidad entre holandeses y españoles, sino que por el contrario han llegado á ser sinceros aliados, bien que ningún tratado estipule esta alianza en aquellas aguas; comprendiendo que es de gran interés para las dos naciones, impedir que los ingleses extiendan su poder en aquellas partes del archipiélago de la India Oriental, que gozan aún de su independencia.

FIN.

